

La nueva Historia intelectual

Tiempo de balances

A menudo representada como un área abierta a las contribuciones interdisciplinarias, de límites difusos, situada en la confluencia de diversos enfoques y estrategias, la historia intelectual ha traído a la historiografía de las últimas décadas una profunda renovación que cristaliza en un campo de estudios dinámico.

En el artículo que abre este *dossier*, el historiador francés Christophe Prochasson —reconocido por sus trabajos sobre la Francia contemporánea, presidente de la *École des hautes études en sciences sociales* (EHESS) y director de la revista de historia intelectual *Mil neuf cent*—, propone un recorrido por el rol y la fisonomía de la nueva historia intelectual en Francia. En relación con lo que denomina, provocativamente, la "fabricación de obras", nos invita a pensar "¿con qué fines se realiza el acto de crear? ¿Por qué dispositivos narrativos, teóricos o sensibles? ¿A qué públicos se dirige?". El resultado es un cuidadoso balance del lugar de la historia intelectual en la historiografía francesa, sus diálogos y rupturas, las operaciones con respecto a la historia cultural, la historia de las ideas y la historia social.

Le sigue una invitación a pensar, desde algunas herramientas de la historia intelectual, el estado del campo en la Argentina: los problemas vinculados a la definición del área, ciertos desarrollos, debates y perspectivas, sus objetos, espacios y mediaciones. La propuesta de la historiadora e investigadora Mariana Canavese da cuenta, por un lado, del creciente interés local en la reflexión teórico-metodológica dentro de un área cuyas formas abarcan un amplio e híbrido espectro. Explora, por otra parte, la hipótesis de que, desde los años noventa, el auge de la historia intelectual operó como un contrapunto del declive de la función intelectual: "¿La historia intelectual surge como síntoma de una ausencia (la práctica intelectual como actividad urgente que convoca a la acción) y vuelve como nostalgia en el retorno del objeto?".

Ambas intervenciones interpelan el lugar y la función de la producción intelectual, de sus intelectuales y la identidad de este espacio impreciso que se presta a los balances historiográficos propios de un campo consolidado tanto como a cartografías en continua actualización.

La fábrica de obras

Perspectivas para la historia intelectual

Christophe Prochasson*

La denominación de las historiografías (políticas, sociales, culturales, económicas, intelectuales, etc.), aun cuando están matizadas por combinaciones (socioculturales, político-sociales, socioeconómicas, etc.), disimula formas de hacer las cosas a menudo muy diferentes, incluso en el interior de una misma categoría. Los enfoques pluridisciplinarios han exigido durante mucho tiempo franquear las fronteras dentro de las cuales estas taxonomías encerraron las prácticas de investigación. ¿Debemos reconocer en la creciente tendencia a describir el campo de investigación en ciencias humanas y sociales en términos de estudios centrados en objetos precisos (*studies*) una forma de sortear estas querellas conceptuales, que también se han desarrollado como tantos intentos hegemónicos propios de la dinámica de los campos? En Francia, la historia económica y social, más o menos aliada a la sociología durkheimiana, combatió durante mucho tiempo una historia política acusada de superficial.¹ En la década de 1990, la historia cultural,² a su vez, cuestionó a la historia política que comenzaba desde los años ochenta una recuperación altamente proclamada.³ Detrás de estos despliegues sería conveniente identificar, como invita cualquier sociología del conocimiento, los intereses académicos de quienes recurren a ellos. Sin embargo, sería reductivo ceñirse a este nivel de análisis sin tomar en serio los programas científicos que se están presentando. Este es el sentido de las siguientes observaciones relativas a la historia intelectual, que fue una de las actrices del chisporroteo historiográfico de los años ochenta.⁴

Coumet, Jacques Roger y Jean-Claude Perrot⁵, o la nueva orientación que tomó la revista **Cahiers Georges Sorel**, dirigida por Jacques Julliard, al adoptar en 1989 el título **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, se encuentran entre los indicios que señalan el renovado interés de los historiadores franceses por las "obras" del espíritu humano. Esta orientación no era del todo nueva en la corporación, dentro de la cual algunos habían empezado a discutir la presencia asfixiante de la historia económica y social tal como se había encarnado durante mucho tiempo en la prestigiosa revista **Annales**, o a subrayar su relativo agotamiento. La "nueva historia", la "historia de las mentalidades"⁶ y los avances de una "historia política" ligada a la relectura de los textos por parte del historiador⁷ precedieron a ese movimiento. Pero las "obras", tal como las trabajó ese nuevo impulso historiográfico, son ante todo textos. Sin embargo, la puerta no podía quedar cerrada al conjunto de las producciones del espíritu. Lo que se considera es el acto creativo en su totalidad. Todo lo relativo a las ideas, las artes, la literatura y las ciencias queda reunido en el vasto perímetro de la creación humana.

El alcance temático de tal curiosidad no se detiene en ningún género ni en ningún tipo de obra en particular. Es en otro nivel donde se establece lo propio de la historia intelectual aquí redefinida. Su programa se distingue de las prácticas mejor establecidas y más reconocidas en el campo académico. La historia de las ideas es la primera en ser disputada. Desarrollada en Francia principalmente en el marco de las facultades de derecho, esta última se basa en una sólida y reconocida tradición. La historia de las ideas políticas es una de sus mayores joyas, practicada por grandes autores que restituyen una historia construida sobre la base de un régimen de continuidad. La idea surge, se transmite y en ocasiones muere en condiciones raras veces elucidadas. Han surgido modelos de relatos similares en

Delimitación historiográfica

La cuarta serie de la **Revue de Synthèse** lanzada en 1986 en torno a una línea de historia intelectual por iniciativa de Ernest

* École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), París.

1 Sobre este debate nacido a inicios del siglo XX, ver Jacques Revel, "Histoire et sciences sociales. Lectures d'un débat français autour de 1900", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 25, 2007, pp. 101-126.

2 Jean-Pierre Rioux et Jean-François Sirinelli (dir.), **Pour une histoire culturelle**, Paris, Seuil, 1996 [hay traducción castellana: **Para una historia cultural**, Madrid, Taurus, 1999].

3 René Rémond (dir.), **Pour une histoire politique**, Paris, Seuil, 1988.

4 Consultar el balance del número especial de la **Revue d'histoire moderne et contemporaine**, n° 59-4 bis, 2012/2015 y la introducción de Philippe Minard, "Une nouvelle histoire intellectuelle. Brève introduction", que matiza la idea de un abandono de la historia intelectual por los historiadores franceses.

5 Cfr. con "Aux lecteurs", en **Revue de synthèse**, 4^e série, t. 107, n° 1-2, janvier-juin 1986.

6 Roger Chartier, "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités. Trajectoires et questions", en **Revue de synthèse**, 3^e série, t. 104, n° 111-112, juillet-décembre 1983 (recuperado en **Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude**, Paris, Albin Michel, 1998) [en castellano en: **El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación**, Barcelona, Gedisa, 1999, pp. 13-44].

7 En estilos muy diferentes dos libros importantes son publicados el mismo año: Quentin Skinner, **The Foundations of Modern Political Thought**, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, 2 vols. [**Los fundamentos del pensamiento político moderno**, México, FCE, 1985, 2 vols.] y François Furet, **Penser la Révolution française**, Paris, Gallimard, 1978 [**Pensar la Revolución francesa**, Madrid, Petrel, 1980].

otros sectores: la historia de la ciencia y la técnica, la historia de las artes o de la literatura también describen tales odiseas hechas de fundaciones o nacimientos, de avances o retrocesos, de influencias⁸ y difusiones, y, por supuesto, de grandes hombres triunfando sobre la opinión común, así como de escuelas o corrientes de pensamiento enfrentadas unas a otras. Estas cuadrículas analíticas hacen una economía del detalle, de la descripción más cercana de las prácticas, de las interacciones de todo tipo, de los malentendidos y de las traiciones, así como de la inmersión de los saberes o de las artes en los mundos sociales donde se despliegan lógicas propias, sean estrictamente profesionales, marcadas por la política e incluso por la religión, o gobernadas por la economía. La gran tradición de la historia de las ideas se basa en la hipótesis de la autonomía de las ideas, los enfoques o las obras, éstas se transmitirían en estado puro de actor a actor. Por tanto, sería posible clasificarlas de manera descriptiva de una vez por todas, al modo de un naturalista con su herbario, o de un químico, un Lavoisier o un Mendeleiev, con su tabla de elementos. La historia de las ideas está impulsada, en primer lugar, por una voluntad taxonómica.

La historia cultural, por su parte, ha sido más ambiciosa y menos compartimentada. También incorpora formas de trabajo que podrían relacionarse bastante con ciertos procedimientos implementados por la historia intelectual como queremos presentarla aquí. Ha desarrollado vastos campos de investigación en dos direcciones principales. El primero, sin duda el más extendido, tiene como objetivo la descripción de las producciones culturales según diferentes modalidades (corrientes y sensibilidades, biografías, temáticas, géneros artísticos o intelectuales, historia material, etc.). Se ha extendido más allá de las fronteras tradicionales de la historia de las ideas, de la historia del arte e incluso de la historia de la ciencia, sin limitarse al campo de la producción legítima sino abrazando también las formas culturales dominadas ("cultura de los pobres", "cultura popular", "cultura de masas", etc.).⁹ No se detuvo en las formas de la "cultura restringida" retenidas en las tradiciones escolares, clásicas o vanguardistas. Muy a menudo, la historia cultural se adhiere a un enfoque que es menos interpretativo o analítico que descriptivo y clasificatorio. Sólo excepcionalmente entra en el estudio intrínseco de las obras o de su fabricación.

El otro enfoque relevante de la historia cultural opera, de manera más ambiciosa, una inversión epistemológica, propone una nueva perspectiva sobre lo social. Invierte el dominio simbólico que rige el orden de las sociedades para integrar perspectivas etnográficas y antropológicas. A partir de entonces, todo puede convertirse en objeto de una historia cultural. Este programa de investigación se define menos por sus objetos específicos que

por la forma en que son abordados, y por las referencias teóricas o metodológicas en las que se apoya.¹⁰

La autonomización de la historia cultural ha encontrado la resistencia de los historiadores apegados a la primacía de lo social en la lógica de la acción humana. Heredera más o menos directa de un marxismo difuso (a veces sin proyección política) y reconfigurada por autores más recientes, esta crítica ha encontrado eco en la ciencia política contemporánea. En particular, podemos ver el despliegue de una "historia social de las ideas" preocupada por enraizar las producciones del espíritu humano en un suelo social relacionado con una sociología de los actores, en este caso la de los productores de ideas políticas, los teóricos, los ideólogos, los emprendedores políticos y los mediadores de todo tipo. Es entonces la conexión entre estos dos niveles, las ideas por un lado y su base sociológica por otro, lo que constituye el objeto de investigación, en la negación más o menos asumida de una lógica de producción intelectual que responde a sus propios resortes. La obra es así ahogada en el examen de un "contexto" que se supone, más que se demuestra, que la condiciona o incluso la determina. La demostración a menudo permanece pendiente, incompleta o, lisa y llanamente, ausente.

Al revés de este enfoque neomarxista, otras corrientes comprometidas con el estudio de la política han recentrado la investigación en los textos mismos. De manera diferenciada, autores como Quentin Skinner,¹¹ John Pocock,¹² Reinhart Koselleck,¹³ armados con propuestas innovadoras sobre la definición y el papel de los "contextos", Dominick LaCapra¹⁴ o Pierre Rosanvallon,¹⁵ cuya atención puesta en las obras evita los escollos de un contextualismo simplificador, han defendido enfoques susceptibles de arrojar luz sobre la historia de las doctrinas políticas a través de vías renovadas, distintas de las precedentes. La *Cambridge School* en Gran Bretaña, la *Begriffsgeschichte* en Alemania y la *histoire conceptuelle* en Francia dieron nueva vida al estudio de los textos políticos en los años setenta y ochenta.¹⁶ Una asociación científica creada en 1994, la "Sociedad Internacional de Historia Intelectual", se

8 En un artículo de 1909, frecuentemente citado, publicado en la *Revue de Synthèse historique* y dedicado a la "influencia de Proudhon", Lucien Febvre critica con ferocidad los atajos perezosos que a menudo revela el análisis de las "influencias". Reproducido en Lucien Febvre, *Pour une histoire à part entière*, Paris, SEVPEN, 1962.

9 Cfr. con André Burguière et Jacques Revel (dir.), *Histoire de la France. Les formes de la culture*, Paris, Seuil, 1993.

10 Cfr. con Roger Chartier, *Au bord de la falaise...*, *op. cit.*, muy especialmente el capítulo 1: "Histoire intellectuelle et histoire des mentalités" que relaciona la historia cultural con la historia intelectual.

11 Cfr. con Julien Vincent, "Concepts et contextes de l'histoire intellectuelle britannique: l' 'École de Cambridge' à l'épreuve", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, n° 50-2, avril-juin 2003.

12 John Pocock, *Political Thought and History: Essays on Theory and Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2009 [*Pensamiento político e historia*, Madrid, Akal, 2011].

13 Reinhart Koselleck, Werner Conze, Otto Brunner (ed.), *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* [*Les Concepts fondamentaux de l'histoire. Dictionnaire historique du langage politique et social en Allemagne*], Stuttgart, Klett et Cotta, 8 vols., 1972-1997.

14 Dominick LaCapra, Steven L. Kaplan (ed.), *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

15 Pierre Rosanvallon, *Pour une histoire conceptuelle du politique*, Paris, Seuil, 2003 [*Para una historia conceptual de lo político*, México, FCE, 2003].

16 Cfr. *infra*.



abrió a debates a veces intensos que oponían a estas diferentes sensibilidades entre sí, compartiendo, sin embargo, una preocupación común por historizar los conceptos y los debates políticos.

Es posible concebir otra historia que aspire a hacerse cargo de la materia intelectual misma, partiendo de ella e instalándose en su corazón para comprender su génesis, su desarrollo y sus mutaciones. Tal es el objeto de la historia intelectual defendida e ilustrada en un importante libro de Jean-Claude Perrot que inspira en gran medida las siguientes observaciones.¹⁷ Este objetivo exige una cualidad particular respecto de las fuentes, tanto las que surgen entre los bastidores de la producción de obras del espíritu como las que son ofrecidas por el propio gesto creativo. Partiendo de obras obviamente ubicadas en el centro del análisis, la investigación se esfuerza por dilucidar sus condiciones de producción, incluso cuando se llevan a cabo bajo el imperio de restricciones excepcionales,¹⁸ y luego las de su recepción, dominio propio de una historia intelectual sensible a los fenómenos de "transferencias" entre culturas, también se ocupa de los aspectos laterales, tangenciales, marginales de la obra ubicada en el centro. Examinar estas zonas laterales da sentido a la obra, cualquiera sea su naturaleza, la inserta en una red de prácticas y en un entorno que es necesario escrutar. Estas fuentes institucionales o privadas, compuestas por documentos desestimados por la ciencia pura de los textos y por la historia de las ideas o, por el contrario, considerados hasta un punto tal que conducen a la elusión del texto, permiten restituir la historia de la obra en su totalidad o, para decirlo en otros términos, desde su producción hasta su consumo. Correspondencia, revistas, memorias, actas de congresos, reseñas de libros, archivos de mediadores o emprendedores culturales más o menos visibles cuya crítica o edición están entre los ámbitos profesionales que más han estudiado los historiadores.

Como ya fue mencionado, la historia intelectual —tal como se la entiende aquí y tal como la han retomado la mayoría de las corrientes que, de diversas formas, adscriben a ella— se ha referido principalmente a los escritos. La filosofía política es una de las primeras implicadas, a la que se pueden sumar todo tipo de textos teóricos y obras relacionadas en particular con las ciencias humanas y sociales. Toda una corriente de historia y sociología de las ciencias desarrollada en los años ochenta y noventa, asociada a la etnografía de laboratorio, está igualmente próxima y ha servido de inspiración para varias obras de historia intelectual. Sin embargo, es cierto que podrían establecerse paralelismos que resalten la proximidad con ciertos enfoques implementados en la historia de las artes, donde la práctica artística, comprendida en sus dimensiones técnicas y políticas, es integrada a la exploración de las obras. La historia de la música ofrece algunos ejemplos muy interesantes.¹⁹ Creada en 2004,

la revista **Modern Intellectual History** cubre un espectro muy amplio que no descuida el aspecto religioso de las producciones del espíritu humano.

¿Dónde y cómo se fabrican las obras?

Entrar en el taller del creador, sea cual fuere el objeto de su creación, supone aislar los espacios donde esa creación toma forma y a partir de los cuales se desenvuelve. Tal es el significado que se le da a los programas de investigación centrados en la reconstrucción de lugares y prácticas (donde el "lugar" es concebido en su sentido más simbólico, como lo entendemos en la fórmula historiográfica de los "lugares de memoria", de conocida eficacia). La historia intelectual debe interrogar esos lugares y prácticas: congresos, reuniones científicas, controversias, correspondencia, revistas, reseñas, edición de "Obras" o incluso exposiciones universales. Toda investigación sobre el "trabajo intelectual"²⁰ debe entrar en este gran reservorio para examinar sus diferentes objetos.²¹

Instituciones

Existe, pues, toda una literatura científica dedicada a los Congresos, formas de sociabilidad científica y política que se desarrollaron enormemente en la segunda mitad del siglo XIX.²² Los Congresos, al mismo tiempo que atestiguan el auge de las prácticas colectivas, reflejan, cuando son internacionales, la europeización o incluso la globalización de los intercambios entre científicos, teóricos, líderes o activistas políticos, etc. ¿Son, sin embargo, lugares de elaboración? No siempre cuando muchos se limitan a hacer públicos los resultados ya obtenidos en el laboratorio, o cuando constituyen un escenario donde se miden y compiten entre sí corrientes, escuelas o grupos rivales. Sin embargo, al igual que los congresos políticos, verdaderos "congresos de tribuneros" donde se exhiben las formas más espectaculares, en ocasiones previsibles o, incluso, las más ritualizadas, también los congresos científicos constituyen una dramatización fundamental para la constitución de comunidades, donde los "intercambios de pasillo" juegan un papel en absoluto despreciable. Allí se forman o refuerzan sociabilidades e incluso colaboraciones, circula información, se tejen o se arraigan subrepticamente amistades o enemistades.

En los congresos internacionales también surge una problemática

17° Jean-Claude Perrot, **Une histoire intellectuelle de l'économie politique (XVII^e-XVIII^e siècle)**, Paris, Éditions de l'EHESS, 1992.

18 Cfr. con Brigitte Gaiiti, Nicolas Mariot (dir.), **Intellectuels empêchés. Ou comment penser dans l'épreuve**, Lyon, ENS éditions, 2021.

19 Por ejemplo: Esteban Buch, **Trauermarsch. L'orchestre de Paris dans l'Argentine de la dictature**, Paris, Seuil, 2016.

20 Cfr. con "Travail intellectuel et activité créatrice", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 36, 2018.

21 El siguiente inventario no es exhaustivo y concierne principalmente a la historia de los siglos XIX-XXI. Indica las orientaciones más nutridas basándose sobre todo en más de tres décadas de investigaciones realizadas en el seno de la revista **Mil Neuf Cent**. En Francia, la historia intelectual de la Edad Media también ha conocido en los últimos años una renovación notable, por ejemplo, con los trabajos de Alain Boureau.

22 Cfr. con "Les Congrès lieux de l'échange intellectuel. 1850-1914", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 7, 1989.

que la historia intelectual a menudo ha desatendido. Trabajos recientes han puesto de manifiesto algo que se había dejado de lado en la observación, a pesar de ser un aspecto que incide mucho en los intercambios intelectuales internacionales: el manejo de los idiomas. No es de extrañar la proliferación de proyectos de lenguas artificiales, como el esperanto, que acompañaron el desarrollo de congresos internacionales en la década de 1860. El fin de la hegemonía de la lengua francesa, cuya legitimidad como lengua de intercambios internacionales se erosionaba sancionando el progresivo repliegue de Francia en la escena política internacional, hizo surgir nuevas reivindicaciones. Los Congresos no son, por cierto, los únicos afectados por esta babilonización de la vida intelectual. El traductor (o el intérprete más o menos improvisado dentro de los Congresos) se impone poco a poco como un actor importante de la vida intelectual. Figura de la traición, de la fidelidad o del engaño, se define como un mediador sin el cual la mundialización de los intercambios se encontraría en un callejón sin salida.²³

Las revistas han sido objeto de atenciones similares.²⁴ Incluso más que los Congresos, algunas se presentan como lugares de experimentación. La sociabilidad a la que dan lugar contribuye a la organización de los intercambios. También se presentan como espacios de referencia que fundan legitimidades, establecen jerarquías y alimentan debates. Sus conexiones internacionales contribuyen a la estructuración del campo intelectual, así como ponen de relieve los canales de difusión de las ideas y de las obras y la transformación que lo acompaña.

Otro espacio que ofrece información provechosa sobre la producción de las obras es el campo epistolar.²⁵ Ingresamos, pues, todavía más a fondo, en los patios traseros de la fabricación de las obras. Allí se revelan los arcanos de la producción: incertidumbres, dudas, inspiraciones, experiencias de vida, contradicciones y giros, etc., alrededor de los cuales serpentean las obras. Sólo desde el punto de vista de la historia social, allí se despliegan redes de conocimiento de diversas intensidades. El juego de las "influencias" (noción que a menudo linda con la abstracción al suponer, más que establecer, las relaciones entre autores o artistas) encuentra allí una documentación valiosa y a veces algunas pruebas tangibles.

A estos ejemplos institucionales podrían sumarse las muy dinámicas investigaciones sobre la historia del libro y la edición. Sin duda, muchas de ellas han pecado de contextualismo, insistiendo en la historia de marcos materiales desconectados de

la producción misma. Sin embargo, la historia del libro no puede separarse de la historia de los textos sin sufrir daños, a riesgo de quedar reducida al estado de la historia de una industria como cualquier otra, lo cual no es legítimo en absoluto. Las interacciones entre editores, autores e incluso traductores dejan huellas en los propios textos. Es bajo el imperio de la misma preocupación que conviene considerar con la mayor precisión posible la materialidad del libro, sus dispositivos tipográficos o su estética como elementos que condicionan la recepción de los textos y, por lo tanto, actúan sobre la vida intelectual.²⁶

Prácticas

De esta manera, el aspecto institucional no debe limitarse al estado de un soporte neutro que elude el análisis de las obras. Lo mismo ocurre con algunas prácticas que condicionan tanto la fabricación de las obras como su difusión, contribuyendo esta última a nutrir una "creación continua" que sería erróneo reservar sólo a la obra divina. La vida de las obras no se detiene en el punto final colocado por el autor ni en la última pincelada del pintor. La posteridad prosigue el trabajo emprendido por el creador inicial, científico, artista, teórico, heredero él mismo de toda una historia que lo precede y sometido a la autoridad de un presente del que evidentemente no puede abstraerse. Los textos, que aquí consideramos de manera privilegiada, resultan a la vez de afinidades y de confrontaciones que no sólo enmarcan su nacimiento, sino que actúan sobre ellos reactualizándolos sin cesar, hasta caer en el olvido.

Es sobre la base de tal constatación que las controversias, disputas y querellas han sido objeto de investigación.²⁷ La historia y la sociología de las ciencias han mostrado el camino para algunos casos célebres, en los que se procuró no sólo describir lo más fielmente posible las formas de producción de los saberes, sino también apreciar el impacto de las prácticas científicas sobre las propias ciencias. El estudio de las controversias se ha contrapuesto así a los abordajes genealogistas que sólo tienen en cuenta la lógica interna de las obras, consideradas como única fuerza capaz de explicar su historia. En tiempos en que el cientificismo parece regresar al continente de las ciencias humanas y sociales (de cuya dominación creía sin embargo haberse librado), esta atención debe orientarse hacia el desacuerdo, asunto que no debería ser considerado como un "accidente" o un "obstáculo" en la fábrica de obras, sino casi como una saludable necesidad. En efecto, estamos muy lejos ya de un Erasmo, "padre de los intelectuales", que en 1522 declaraba pacíficamente: "Me interesa tanto la concordia que, si tuviera lugar una disputa, creo que renunciaría a una parte de la verdad antes que comprometer la paz".²⁸ Lo que guía la vida científica es

23 Cfr. con Antoine Berman, *L'Age de la traduction. "La tâche du traducteur" de Walter Benjamin, un commentaire*, Saint-Denis, Presses universitaires de Vincennes, 2008 y Lawrence Venuti, *The Translator's Invisibility: A History of Translation*, Londres, Routledge, 2008.

24 Cfr. con "Les revues dans la vie intellectuelle 1885-1914", en *Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 5, 1987 y Valérie Tesnière, *Au bureau de la revue. Une histoire de la publication scientifique (XIXe-XXe siècle)*, Paris, Éditions de l'EHESS, 2021.

25 Cfr. con "Les correspondances dans la vie intellectuelle", en *Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 8, 1990 y Cécile Dauphin, "La correspondance comme objet historique. Un travail sur les limites", en *Sociétés et représentations*, n° 13, Paris, 2001/2, pp. 43-50.

26 Roger Chartier, *Editer et traduire. Mobilité et matérialité des textes, XVIe-XVIIIe siècles*, Paris, Éditions de l'EHESS / Gallimard / Le Seuil, 2021.

27 Cfr. con "Comment on se dispute. Les formes de la controverse", *Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle*, n° 25, 2007.

28 Citado en Siegfried Kracauer, *L'Histoire. Des avant-dernières choses*, Paris, Stock, 2006 (edición francesa), p. 66 [traducción castellana:



lo contrario, e incluso podría sostenerse que la disputa científica requiere una regulación del desacuerdo mediante el respeto de determinadas convenciones que constituyen precisamente un factor de paz gracias a la gestión transparente de la diversidad. Cabe incluso añadir, sin temor a exagerar, que las normas que canalizan la vida democrática, próximas a las que establece el debate científico que rechaza en sus principios la relación de autoridad, llevan a los adversarios políticos a conocerse mejor y, por lo tanto, a respetarse: el enfrentamiento verbal permite evitar la guerra civil. Son innumerables los ejemplos que pueden dar sustento a esta tesis.

Se admitirá, sin embargo, que probablemente haya mucha utopía en este modelo. La observación atenta de las controversias desemboca en la constatación de que numerosos contratiempos colisionan y matizan este ideal con realidades más brutales producidas por todo tipo de enfrentamientos personales, rivalidades profesionales, incomprensiones o malentendidos (de ahí la importancia que es pertinente dar a la traducción y a sus actores). En el teatro de la controversia hay que distinguir varias escenas donde se pronuncian diferentes textos, no siempre en armonía unos con otros. En contraste con la disputa jugada en las páginas impresas de una revista y la que se desarrolla en los pliegues de una correspondencia privada, hay muchas gradaciones que disipan la transparencia y la estilización de oposiciones que la historia de las ideas o la del conocimiento, ávidas de sacar a la luz "escuelas" o "corrientes" bien definidas, sacan provecho. Por lo demás, está demostrado que las controversias, de las que se puede elogiar la cualidad dinámica como agente productivo de conocimiento, llegan a veces a bloquearse, a fijar las posiciones de unos y otros y a esterilizar así la vida intelectual, reduciéndola a un campo de posiciones.

Otro ejemplo de prácticas en las que se elaboran las obras proviene de la articulación de varios enfoques: teórico, científico, político y mercantil. Esto es lo que una historia de un género editorial como la publicación de las llamadas "Obras —más o menos— completas" es capaz de mostrar. Trabajo a menudo titánico, prolongado durante años y años, las "Obras" de un autor reúnen textos (incluso producciones artísticas) dispersos a lo largo de toda una vida. De tal manera, esta empresa da forma y legitimidad a una producción intelectual cuya coherencia se ve así reforzada o incluso establecida, no sin un cierto golpe de fuerza cuando está desperdigada. La publicación de "Obras" restituye un itinerario, suprime los olvidos, borra las rupturas, reúne y da sentido, a veces incluso coherencia cuando ésta falta. Este género conoce evidentemente fortunas diversas según los países y las disciplinas, pero impone la exigencia y la voluntad casi prometeica del "editor". Por lo tanto, las "Obras" participan de estas prácticas e instituciones propias de la fabricación de obras.

Por su aspiración más o menos exhaustiva, que requiere elecciones, eliminaciones e integraciones, los "editores" (*editors*) *inventan* una "Obra" que no existía, o que existía parcialmente, antes de su puesta en orden según una continuidad que quiere imponerse a los lectores. Le dan así contornos que no dejan de tener consecuencias sobre el contenido mismo. Las "Obras" determinan prácticas de lectura, apoyadas en una intertextualidad que habilita la maniobrabilidad ofrecida por los textos (y más tarde, quizás, por las plataformas digitales), que pueden conducir a nuevas significaciones nacidas de interpretaciones inéditas y posibles por la circulación que facilitan los escritos.

La edición de las "Obras", en vida del autor o después de su muerte, constituye pues, sin lugar a dudas, un trabajo intelectual que principalmente pone de manifiesto el aparato crítico. Para dar cuenta de este aspecto, evidentemente es importante interrogarse sobre el medio científico que se encarga de esta tarea y analizar la composición e incluso los conflictos (metodológicos, epistemológicos e incluso políticos) que pudieron encontrarse.

Evidentemente, se plantean cuestiones análogas en los casos en que el enfoque tiene un alcance ideológico o una dimensión política. El trabajo de selección e incluso los comentarios a pie de página contribuyen a orientar la interpretación de los textos. Este aspecto de la publicación, que a veces escapa a los medios académicos, suscita, no obstante preguntas comunes a la vertiente científica, en particular en lo que respecta a la composición del equipo editorial. La financiación de la publicación es también de importancia primordial ya que puede pasar por canales no estatales, como los partidos, los sindicatos, las empresas o las fundaciones privadas, o incluso responder a asociaciones o estructuras específicamente constituidas. Desde una perspectiva de promoción de las culturas nacionales, por ejemplo, durante las conmemoraciones, los Estados también pueden involucrarse directamente en la puesta a disposición de obras de alcance nacional que celebran al gran escritor, al gran filósofo (por ejemplo, en el tricentenario de Descartes, en 1896) o al gran científico.

La producción de "Obras" se inscribe en una tercera lógica de acción: la que preside la labor de publicación (*publishing*) de las editoriales, diferente de las lógicas anteriores, científicas y políticas, que orquestan la tarea de los equipos editoriales (*editing*) vinculados, por lo general, al mundo académico. Hay otras limitaciones que conviene entonces examinar: así ocurre con las cuestiones materiales propias del mundo de la edición. Se trata de aspectos técnicos, económicos y legales que deben estar en el centro de la atención.

Es, pues, todo un conjunto de actores el que interviene en la fabricación de "Obras", ya sea para alentarlas o para oponerse a ellas, a veces para colocar allí sus condiciones morales, jurídicas o financieras. Discípulos más o menos directos, aficionados, pero también familiares —pensemos, por ejemplo, en el papel

de la viuda Michelet—²⁹ suelen jugar un rol protagónico en estas grandes empresas editoriales. La cuestión del derecho es de primera importancia: derecho de propiedad, pero también derecho moral, que sabemos que es imprescriptible.

Puede utilizarse un tercer ejemplo. La actividad crítica que concentran las reseñas de libros y otros informes actúan como calles laterales de las grandes circulaciones intelectuales donde dominan las producciones legítimas que la posteridad ha registrado: obras, artículos "seminales" en publicaciones periódicas de gran difusión, conferencias memorables, inolvidables controversias, etc.³⁰

El historiador Lucien Febvre decía de las reseñas de libros que se presentaban como las "virutas de madera caídas bajo el cepillo de carpintero y recogidas al pie de la mesa de trabajo". Sin embargo, les otorgó una gran importancia. Basta recorrer la correspondencia que intercambió con Marc Bloch para apreciar el cuidado con el que quiso llevar a cabo una política de la reseña. Una frase tomada de una carta del verano de 1928 dirigida a Bloch lo expresa sin vueltas: "Los artículos en el fondo tienen menos importancia que las reseñas". Y aplicó esta máxima a sí mismo, ya que buena parte de sus **Combats pour l'histoire** o de **Pour une histoire à part entière** se componen de la reedición de sus propias reseñas.³¹ Cabe recordar que uno de los más célebres artículos de Marc Bloch, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", no es más que una larga nota crítica dedicada a varias obras.³² Pero esta simple "nota" tiene valor de programa.

Es cierto que nos encontramos aquí, sin duda, en los límites de un género que quizás convenga identificar mejor. En efecto, "reseña" engloba formas muy diferentes. Sus dimensiones son muy variables: desde un simple aviso para definir, con prisa, las grandes líneas de una obra hasta la crónica que a veces reúne varios libros que tratan de temas afines. Por otra parte, no todas las revistas desarrollan la misma política frente a esta heterogeneidad: algunas la asumen y publican reseñas de muy diferente tamaño, mientras que otras intentan poner orden imponiendo restricciones a los autores.

Este aspecto no es anecdótico. Induce tratamientos muy diferenciados. El espacio disponible ordena la arquitectura de la composición y toda la retórica de la reseña. Lógicamente, las reseñas más breves deberían estar más cerca de la nota

informativa, ya que sus autores se encuentran en la casi imposibilidad de desarrollar su punto de vista y de entablar una discusión seria.

La ubicación de los autores de reseñas en el campo desde el que se pronuncian es una clave de acceso a la significación de aquello que dicen de la obra sobre la que se expresan. Evidentemente la situación es muy diferente entre el autor consagrado que pulveriza a un rival y el joven principiante que elogia el trabajo de sus mayores. Sin autonomía real, haciendo sus primeras armas en estas publicaciones periódicas donde se esfuerzan por asir algunas pizcas de legitimidad, los ingresantes, pronto demandantes de empleo en el mercado intelectual, no disponen de la libertad de los más instalados. La reseña es a la vez medio de información y arma de combate. La publicidad de los trabajos y de las obras, sobre todo en una situación de producción cultural de masas, se ha vuelto decisiva para la notoriedad de los investigadores más jóvenes o la preservación de puestos de autoridad de los más grandes. Los ataques llevados a cabo, así como las alianzas buscadas, encuentran su sentido en una lucha intelectual que no ha dejado de ser política.

A escala humana: en torno a la biografía intelectual

La escala biográfica concierne a la historia intelectual como tantos otros dominios historiográficos. El nivel individual, que durante mucho tiempo suscitó la desconfianza de las ciencias sociales y constituyó uno de los blancos más preciados por los sociólogos durkheimianos, avanza casi con la fuerza de la evidencia ya que las obras han nacido del trabajo de autores fácilmente identificables: ¿No figuran sus apellidos en la portada de los libros, al pie de los artículos o arriba de la partitura, en la esquina de una tela o en el ángulo de una escultura? Esta identificación sencilla abre el camino para una investigación sobre la vida del autor. Toda una línea de trabajo "vida y obra", sobre la cual no han faltado los comentarios críticos, al menos desde fines del siglo XIX, se ha afianzado sin agotarse jamás. La relación entre los dos términos no es evidente, la conexión no es fácil de establecer sin reduccionismos. Numerosas polémicas han enfrentado así, con toda una gama de matices, a partidarios del reflejo y militantes de la autonomía absoluta del acto creador.

Esta disputa, que a menudo ha tomado un giro escolástico, no deja de plantear una cuestión importante a la historia intelectual que toma la vía biográfica. Se ha mencionado más arriba el carácter problemático del recurso al "contexto" cuando se trata de esclarecer un "texto" o una obra. Marcel Gauchet advirtió contra un contextualismo que, lejos de hacer más comprensible una obra, contribuiría al contrario a desviar al lector:

Todo está en la manera de proceder a la puesta en contexto. Hemos extraído de estas experiencias desafortunadas una

-
- 29 Camille Creyghton, **Résurrection de Michelet. Politique et historiographie en France depuis 1870**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2019, pp. 65-71.
 - 30 Ian Watt, "L'institution du compte rendu", en **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, n° 59, Paris, septembre 1985.
 - 31 Bertrand Muller, "Lucien Febvre et la politique du compte rendu", en Alain Clavier et Bertrand Muller (dirs.), **Le goût de l'histoire, des idées et des hommes. Mélanges offerts au professeur Jean-Pierre Aguet**, Lausanne, L'Aire, 1996.
 - 32 Remitirse a la reedición: Marc Bloch, **Ecrits de guerre, 1914-1918**, Paris, Armand Colin, 1997, textos reunidos y presentados por Etienne Bloch, con una introducción de Stéphane Audoin-Rouzeau, pp. 169-184.



regla de método inquebrantable: la lectura externalista sólo tiene sentido e interés si es capaz de recuperar la totalidad de los elementos obtenidos por una lectura interna (la cual, por lo tanto, conserva su legitimidad intacta) antes de agregarles una luz adicional.³³

A raíz de esta advertencia, casi sería posible, como sugieren algunos autores, realizar una inversión considerando un creador como clave de acceso a un "contexto", susceptible pues de iluminarlo en lugar de ser iluminado por él.³⁴ Este es uno de los posibles sentidos de la noción de "caso".

Emprender con demasiada prisa y sin documentación suficiente un contextualismo puro y duro, reduciendo mecánicamente a un autor a un "contexto", social, político o incluso intelectual, corre en efecto el riesgo de la superficialidad e incluso del error. Porque el contexto no es un dato empírico objetivable. Es construido por el historiador que le da una existencia forjada a partir de elecciones no siempre explícitas. ¿Cuál es entonces el buen contexto, el que tiene sentido, cuya información es relevante? Muchos elementos del entorno histórico general no afectan en modo alguno al fenómeno social que se analiza. Esta regla vale evidentemente para el hecho social, que es también un acto, constituido por la fabricación de una obra. Todo lo que rodea a su autor y pesa sobre él no se halla necesariamente en su trabajo creativo. Comprometida en una biografía intelectual consagrada al historiador francés Ernest Labrousse, Maria Novella Borghetti se pregunta en términos que no pueden ser sino compartidos:

¿Cómo establecer sin arbitrariedad una relación explicativa entre las ideas y su contexto, la existencia de numerosas intermediaciones posibles obliga a realizar elecciones que muchas veces quedan sin justificación? Entre una lectura interna, formalista o esencialista, del texto histórico y una lectura sociológica que se expone a los riesgos de un uso abusivo o reductivista del contexto, pensamos que existe otra vía (...).³⁵

Por consiguiente, es conveniente poner al día los elementos pertinentes gracias a una documentación detallada y unas hipótesis racionalmente fundadas. Así, una biografía intelectual no puede integrar todas las dimensiones de la vida de un individuo. Aunque la vida de un autor no puede desmenuzarse sin riesgo, todo el trabajo histórico tiene por objeto poner de relieve las fuerzas internas (psicológicas) y externas (sociales) que han presidido la elaboración de una obra. Este juego de fuerzas individuales y colectivas no responde a una ley general.

Está sujeto a la condición histórica que actúa sobre el autor. Tal es el régimen de elucidación al que debe entregarse la historia intelectual, a distancia entonces de las biografías *totales* que aspiran a la restitución de una vida entera "en todos sus detalles" y en la que la obra es simplemente un registro.

Lo que debe colocarse en el centro del estudio es un hecho social —la producción de una obra intelectual— y no el relato de una vida. Los ladrillos utilizados en la composición de una obra deberán determinarse en función de cada caso. Así, la política resuena de manera diferente según los momentos considerados y la permeabilidad personal de los autores estudiados. Lo mismo vale para la gama de características individuales que ofrece una vida, todas ellas movilizadas de manera diferente según la calidad de las obras, la secuencia histórica, el azar, etc.

Así, la historia de los intelectuales, tal como se ha desarrollado en Francia en las últimas tres o cuatro décadas, procedió mucho por reduccionismo, descuidando a menudo no solamente la ecuación personal relegada a los bajos fondos del psicologismo, sino también las condiciones reales de la producción intelectual y los sucesivos imperativos bajo los cuales ésta se desplegaba. Esta corriente historiográfica proponía, en una de sus vertientes una historia política, relatando los compromisos políticos de artistas o científicos, y en la otra una historia social, dirigida sobre todo a las poblaciones, tratadas por vía prosopográfica, deteniéndose poco en las obras para privilegiar la descripción de itinerarios y características sociológicas. La historia intelectual de los intelectuales, tal como la presentamos aquí, ha quedado un poco al margen de estas dos grandes tendencias que, sin embargo, han podido tomar prestados de ella ciertos enfoques. Sería paradójico, por otra parte, estilizar estas diferentes corrientes historiográficas como lo hace la historia de las ideas científicas cuando también opera un reduccionismo intelectualista.

El acto de escribir

Todo lo anterior no constituye en modo alguno una invitación a eludir el texto (o la obra) que, como se habrá comprendido, constituye el corazón de la investigación emprendida por la historia intelectual. Este enfoque apunta a su esclarecimiento histórico. Tras haberse centrado en las condiciones bajo las cuales se ejerce el acto de escribir, resulta necesaria una pausa. ¿Con qué fines se realiza el acto de crear? ¿A través de qué dispositivos narrativos, teóricos o sensibles? ¿A qué público se dirige? Hay muchas otras cuestiones que requieren atención en relación con la materia textual, incluyendo todas, o algunas, de las observaciones anteriormente enumeradas.

Estos ejes metodológicos son los que han fijado, en toda su diversidad, los trabajos de autores como Skinner, Pocock, Koselleck y de todos quienes, con ellos, han desarrollado enfoques contextualistas insertando los textos en entornos

33 Marcel Gauchet, "L'élargissement de l'objet historique", en *Le Débat*, n° 103, París, janvier-février 1999, p. 142. Cfr. con el mismo autor, "Changement de paradigme dans les sciences sociales", en *Le Débat*, n° 50, París, mai-août 1988, pp. 165-170.

34 Por ejemplo: Marie-Claude Blais, *Au principe de la République. Le cas Renouvier*, París Gallimard, 2000. Cfr. con Jean-Claude Passeron, Jacques Revel (dirs.), *Penser par cas*, París, Éditions de l'EHESS, 2005.

35 Maria Novella Borghetti, *L'œuvre d'Ernest Labrousse. Genèse d'un modèle d'histoire économique*, París, Éditions de l'EHESS, 2005, p. 18.

lingüísticos, tanto teóricos como políticos y sociales. Rompiendo las jerarquías basadas en el renombre, a menudo legadas por la historia y sedimentadas por las tradiciones, estas corrientes han trabajado para restituir todo un paisaje textual constituido por relaciones complejas donde se expresan lógicas de acción: luchas de poder, combates de ideas, conflictos de identidad, disputas personales, etc.

Es lo que emprendieron la "*Begriffsgeschichte*" y la "Escuela de Cambridge", que no se inscriben en la "nueva historia intelectual" cuestionada por Kaplan y LaCapra en su obra de 1982. Respecto de la primera corriente, bien representada por los trabajos de Reinhart Koselleck, la historia de los conceptos dispone de un método y un objeto propios, relativamente autónomos respecto de la historia social, aunque vinculados de alguna manera a ella y permitiendo la crítica de fuentes por ella movilizadas. La historia de los conceptos constituye también el lugar propicio para una puesta en perspectiva epistemológica de la historia. Asistente metodológica, la "*Begriffsgeschichte*" constituye finalmente la base filosófica de la historia social.³⁶

Por su parte, los investigadores reunidos desde los años 1960 en la "Escuela de Cambridge"³⁷ alrededor de John Pocock y de Quentin Skinner insisten en el contexto discursivo que rodea a los grandes textos políticos, su inserción en una selva de otros discursos a los cuales se niegan a concederles el lugar menor que las tradiciones posteriores les han impuesto. Ese es, además, uno de los aspectos de la historiografía de la "Escuela de Cambridge" sobre el cual se ejerce una muy viva crítica, objetándole el efecto homogeneizador que produce su relativismo sobre la producción intelectual o artística, termina aniquilando la "grandeza" o el "genio" al asociar esa producción a jerarquías siempre situadas, provisorias y frágiles, por ende meramente determinadas por una configuración histórica. La obra parece así despojada de las propiedades singulares que le conferirían los medios para atravesar los siglos sin demasiados perjuicios.

El contextualismo reivindicado puesto en práctica es un "contextualismo lingüístico" (*linguistic contextualism*).³⁸ En Pocock, esta dimensión es absolutamente fundamental porque, retomando a su manera a los filósofos del lenguaje inscritos en la estela de Austin, la performatividad del discurso, en este caso la de la teoría política, es considerada con toda la atención requerida: los conceptos políticos forman e informan a las sociedades. La política es el lenguaje que se dan las sociedades para hablar por sí mismas. En consecuencia, su estudio llama al establecimiento de una "semántica histórica". Con algunos matices, Skinner no

sostiene otra cosa, aunque se muestre más sensible a las normas y convenciones lingüísticas que enmarcan la producción teórica. En la edición francesa de **The Foundations of Modern Political Thought** especifica su método: "Me parece que el mejor signo de la apropiación consciente de un nuevo concepto por parte de una sociedad se encuentra en la formación de un nuevo vocabulario, cuyos términos permiten articular y comentar este concepto". Por otra parte, Skinner, según él mismo declara, aspira a comprender "el acto" que cometen los autores escribiendo en un contexto general que él designa bajo el término de "ideología".³⁹ Cuando se dedica a estudiar a Hobbes, se esfuerza menos por dilucidar el sistema filosófico, como lo haría un filósofo, que por desentrañar el papel desempeñado por Hobbes en el debate en torno al concepto de *scientia civilis*.⁴⁰

Rechazando de sus horizontes la mera taxonomía de ideas, o la reconstrucción descriptiva y acaso reactualizadora de los principales sistemas de pensamiento, la historia intelectual así entendida se apodera de grandes cuestiones que atraviesan las obras. A veces también llega a detenerse en el análisis de los mecanismos que las producen o les dan eco. El enfoque utilizado por Thomas Hirsch en un importante libro,⁴¹ donde el autor aborda la forma en que las ciencias sociales han invertido la cuestión del tiempo, ilustra el primer caso. El peso creciente de las ciencias sociales desestabiliza por completo las certezas salidas de un siglo XIX fuerte en su confianza en la razón y el progreso. El punto de vista relativo de las cosas, promovido al mismo tiempo por las hermanas rivales y cómplices en que devendrían pronto la historia y la sociología, vino a poner ante contradicciones insuperables a los científicos desgarrados entre sus descubrimientos casi espantosos y su apego político a las ideas de progreso y de razón. ¿No lo demostraron, para los más antiguos, en el momento del *affaire Dreyfus* del que fueron actores comprometidos, en nombre mismo de la ciencia? Si, como lo escribe el sociólogo de las religiones Henri Hubert en 1901, el "tiempo es objeto de representaciones colectivas", entonces todo lo asociado a él, como el progreso, también lo es. Las consecuencias de tal constatación, apoyada en investigaciones de campo, así como en diálogos interdisciplinarios fecundos, son absolutamente devastadoras. Todos estos científicos se esforzaron entonces por rediseñar, en la medida de lo posible, el modelo de progreso. Todos lucharon, a veces con una rabia casi desesperada, para desenredar el hilo del tiempo.

En el segundo caso, el encuentro entre la historia intelectual y la historia de las emociones cuyo desarrollo es contemporáneo merece también una mención especial. No se limita a descubrir los mecanismos de una psicología individual en el trabajo de

36 Reinhart Koselleck, **Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques**, Paris, Éditions de l'EHESS, 1990. Traducción de Jochen Hoock y Marie-Claire Hoock [traducción castellana: **Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos**, Barcelona, Paidós, 1993].

37 Jacques Guilhaumou, "L'histoire des concepts: le contexte historique en débat (note critique)", en **Annales HSS**, n° 3, París, mai-juin 2001, pp. 685-698.

38 *Ibid.*, p. 686.

39 Quentin Skinner, **Les fondements de la politique moderne**, Paris, Albin Michel, 2009, traducción de Jérôme Grossman y Jean-Yves Pouilloux, pp. 8 y 12 [**Los fundamentos del pensamiento político moderno**, México, FCE, 1985].

40 Quentin Skinner citado por Jacques Guilhaumou, "L'histoire des concepts: le contexte historique en débat", *op. cit.*, p. 690.

41 Thomas Hirsch, **Le temps des sociétés. D'Emile Durkheim à Marc Bloch**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2016.



elaboración de una obra, aunque este aspecto de las cosas no debe ser rechazado. Ella busca más fuertemente inscribir la producción intelectual en un entorno sensible donde se encuentran la moral y los afectos asociados a un "momento", concepto que, por otra parte, lo encontramos muy empleado por Pocock.

Retomemos aquí la cuestión de las obras que nutren la filosofía política sobre las que se ha puesto el acento. El tema de las "pasiones políticas" parece reenviar inmediatamente a disciplinas que mantienen con las ciencias sociales relaciones ambivalentes: la filosofía y la psicología, ambas vinculadas entre sí por un viejo pacto intelectual. Recordemos por ejemplo que, según Montesquieu, cada sistema político dispone de un modelo de "pasión política" que se hace eco de su estructura y de su funcionamiento.⁴² La psicología también se lanzó al análisis de los comportamientos políticos. Después de haber mantenido durante mucho tiempo el psicoanálisis al margen de la política de su tiempo, el propio Freud acabó dedicándole su último libro, **El malestar en la cultura**. En el orden teórico menos relevado del pensamiento político ordinario, encontramos en la pluma de dos observadores conservadores de fines del siglo XIX señalamientos que atestiguan la conexión entre la política y lo que podríamos llamar, a falta de un término mejor, la psicología. En una de esas "encuestas de opinión" de las que el fin de siglo era ávido, titulada **Les Jeunes gens d'aujourd'hui**, se lee especialmente: "Se podría oponer el orden lógico de las sociedades monárquicas al orden psicológico de las sociedades democráticas".⁴³ Los dos autores, Henri Massis y Alfred de Tarde, se preguntan por las formas y las condiciones de la adhesión individual al modelo político. También plantean allí la cuestión del consentimiento, sea el de un compromiso psicológico, casi sentimental en tal o cual causa:

¿Quién ignora esta adhesión, cómo esperaría obligar al individuo a sacrificar sus intereses por intereses superiores y permanentes del Estado? ¿Le bastará con demostrarle que el interés social lo exige, que se equivoca al levantarse contra la sociedad? O bien se espera hacerle comprender que el interés colectivo y los intereses particulares coinciden (según la vieja quimera de los utilitaristas ingleses), su interés es someterse. ¡Pues bien! No, *si no lo quiere*, si la fuente de este sacrificio no está en su voluntad, es decir en ser moral, nunca se obtendrá esta abdicación, sobre la que descansa en definitiva la sociedad.⁴⁴

Este ejemplo ilustra el interés de los trabajos del historiador

William Reddy,⁴⁵ quien investiga la fabricación de obras y los impulsos emocionales que la acompañan apuntalando sus recepciones posteriores. La posición de Reddy es sutil. No propone un retorno a la vieja historia de las mentalidades, mucho menos invita a una nueva variante de la psicología histórica, ni tampoco se conforma con una posición culturalista. Reddy piensa que hay un espacio donde se puede construir una teoría de las emociones que supere las aporías cognitivistas y culturalistas sin por ello caer en un etnocentrismo o un universalismo agresivos. La teoría de Reddy se basa fundamentalmente en la idea de que las emociones son en gran parte aprendidas (dependen, por tanto, de los contextos de aprendizaje y de expresión), pero no plenamente (existe un residuo universal: se sabe lo que es el sufrimiento o la libertad). Para mostrarlo se apoya en los resultados recientes provenientes de la psicología cognitiva sobre los colores o el reconocimiento de la expresión de las emociones marcadas en los rostros. Estas investigaciones ponen también de manifiesto, en William Reddy, una cuestión que está en la base de un poderoso régimen de análisis que pone a prueba un cierto psicologismo cándido y farragoso, presente por momentos entre los historiadores y en especial entre los biógrafos: la tesis fuerte de la continuidad entre cognición y emoción.

Estos dos registros que accionan el espíritu humano no se oponen. Los afectos no siempre son automáticos y sus efectos pueden también ser controlados. Múltiples experiencias discuten hoy el esquema tradicional hecho de etapas sucesivas: sensación-pre-análisis-análisis-decisión. La naturaleza y la intensidad de nuestras emociones están en función de los objetivos que perseguimos y nos informan sobre ellos cuando no somos del todo conscientes.

No sorprenderá entonces constatar la importancia que Reddy otorga a la política ni la distinción que realiza entre varios regímenes emocionales a los que ubica en un arco que va desde fórmulas políticas —que rara vez imponen emociones tipo, salvo cualquier otra formulación que no esté catalogada— hasta regímenes que insumen menos emociones y las limitan a ciertas ocasiones y a algunas circunstancias. Cuando las palabras cambian de sentido, especialmente las que designan emociones, sus efectos emotivos se modifican. Los sistemas emocionales están sujetos, por tanto, al orden de estas evoluciones. Como señala de hecho el propio autor, Germaine de Staël ya había hecho una constatación análoga en su época, en **De la littérature dans ses rapports avec les institutions sociales** (1800), cuando se preguntó por las implicancias sociales y políticas de los modos de sentir y de las formas de experimentar.

La profunda renovación de la historia intelectual que ha marcado las últimas cuatro décadas se ha apoyado sobre una triple crítica epistemológica. Se ha erigido a la vez contra una historia cultural, gran continente incierto, una historia de las ideas (o del arte) marcada por un idealismo anacrónico y una historia social afligida

42 Pierre Ansart, **La gestion des passions politiques**, Lausanne, L'Age d'homme, 1983. Hay que destacar también el desarrollo en los años 1980 y 1990 de una verdadera subdisciplina, sobre todo en Estados Unidos, la antropología de las emociones: cfr. con David Le Breton, **Les passions ordinaires. Anthropologie des émotions**, Paris, Colin/Masson, 1998.

43 Agathon (Henri Massis, Alfred de Tarde), **Les Jeunes gens d'aujourd'hui. Le goût de l'action. La foi patriotique. Une renaissance catholique. Le réalisme politique**, Paris, Plon, 1913, p. 102.

44 *Ibid.*, p. 105.

45 William Reddy, **The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions**, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

por un mecanismo reduccionista que confina a las producciones del espíritu a simples reflejos. Para estar en condiciones de dar cuenta de las obras que constituyen su objeto de análisis, se ha colocado deliberadamente en el cruce de tres historias: la de los actores, la de las instituciones y la de las prácticas. Por último, nunca ha dejado de abordar la cuestión del gesto productivo y de la naturaleza del trabajo intelectual, de sus intenciones y de su recepción. Ante tal exigencia, se comprende que la aproximación a un texto —puesto que nos hemos dirigido principalmente a este tipo de obra— no puede reducirse a un solo tipo de lectura, como señala con cierta pertinencia Dominick LaCapra.⁴⁶ Es la razón por la cual, si hay una "nueva historia intelectual", ésta debería esforzarse por situarse sobre todo en la confluencia de los diversos enfoques que requiere el análisis de un hecho social. Con sus propiedades singulares, es allí donde la producción de una obra del espíritu se inscribe plenamente. Es más, ¿hay acaso actividades humanas que escapen a esta consideración?

Referencias bibliográficas

- "Aux lecteurs", en *Revue de synthèse*, 4e série, t. 107, no 1-2, janvier-juin 1986.
- "Comment on se dispute. Les formes de la controverse", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 25, 2007.
- "Les Congrès lieux de l'échange intellectuel. 1850-1914", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 7, 1989.
- "Les correspondances dans la vie intellectuelle", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 8, 1990.
- "Les revues dans la vie intellectuelle 1885-1914", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 5, 1987.
- "Travail intellectuel et activité créatrice", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 36, 2018.
- Agathon (Henri Massis, Alfred de Tarde), **Les Jeune gens d'aujourd'hui. Le goût de l'action. La foi patriotique. Une renaissance catholique. Le réalisme politique**, Paris, Plon, 1913.
- Ansart, Pierre, **La gestion des passions politiques**, Lausanne, L'Age d'homme, 1983.
- Berman, Antoine, **L'Age de la traduction. "La tâche du traducteur" de Walter Benjamin, un commentaire**, Saint-Denis, Presses universitaires de Vincennes, 2008.
- Blais, Marie-Claude, **Au principe de la République. Le cas Renouvier**, Paris Gallimard, 2000.
- Bloch, Marc, **Ecrits de guerre, 1914-1918**, Paris, Armand Colin, 1997.
- Borghetti, Maria Novella, **L'œuvre d'Ernest Labrousse. Genèse d'un modèle d'histoire économique**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2005.
- Buch, Esteban, **Trauermarsch. L'orchestre de Paris dans l'Argentine de la dictature**, Paris, Seuil, 2016.
- Burguière, André et Jacques Revel (dir.), **Histoire de la France. Les formes de la culture**, Paris, Seuil, 1993.
- Chartier, Roger, **Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude**, Paris, Albin Michel, 1998.
- Chartier, Roger, **Editer et traduire. Mobilité et matérialité des textes, XVIe-XVIIIe siècles**, Paris, Éditions de l'EHESS / Gallimard / Le Seuil, 2021.
- Creyghton, Camille, **Résurrection de Michelet. Politique et historiographie en France depuis 1870**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2019.

46 Dominick LaCapra, **History and Reading. Tocqueville, Foucault, French Studies**, Toronto, University of Toronto Press, 2000.



- Dauphin, Cécile, "La correspondance comme objet historique. Un travail sur les limites", en **Sociétés et représentations**, n° 13, Paris, 2001/2, pp. 43-50.
- Febvre, Lucien, **Pour une histoire à part entière**, Paris, SEVPEN, 1962.
- Furet, François, **Penser la Révolution française**, Paris, Gallimard, 1978.
- Gaiti, Brigitte et Nicolas Mariot (dir.), **Intellectuels empêchés. Ou comment penser dans l'épreuve**, Lyon, ENS éditions, 2021.
- Gauchet, Marcel, "Changement de paradigme dans les sciences sociales", en **Le Débat** n° 50, Paris, mai-août 1988, pp. 165-170.
- Gauchet, Marcel, "L'élargissement de l'objet historique", en **Le Débat**, n° 103, Paris, janvier-février 1999.
- Guilhaumou, Jacques, "L'histoire des concepts: le contexte historique en débat (note critique)", en **Annales HSS** n° 3, Paris, mai-juin 2001, pp. 685-698.
- Hirsch, Thomas, **Le temps des sociétés. D'Emile Durkheim à Marc Bloch**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2016.
- Koselleck, Reinhart, **Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques**, Paris, Éditions de l'EHESS, 1990.
- Koselleck, Reinhart, Werner Conze, Otto Brunner (ed.), **Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland**, Stuttgart, **Klett** et **Cotta**, 8 vols., 1972-1997.
- Kracauer, Siegfried, **L'Histoire. Des avant-dernières choses**, Paris, Stock, 2006.
- LaCapra, Dominick, **History and Reading. Tocqueville, Foucault, French Studies**, Toronto, University of Toronto Press, 2000.
- LaCapra, Dominick, Steven L. Kaplan (ed.), **Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives**, Ithaca, Cornell University Press, 1982.
- Le Breton, David, **Les passions ordinaires. Anthropologie des émotions**, Paris, Colin/Masson, 1998.
- Minard, Philippe, "Une nouvelle histoire intellectuelle. Brève introduction", **Revue d'histoire moderne et contemporaine**, n° 59-4 bis, 2012/2015.
- Muller, Bertrand, "Lucien Febvre et la politique du compte rendu", en Alain Clavien et Bertrand Muller (dirs.), **Le goût de l'histoire, des idées et des hommes. Mélanges offerts au professeur Jean-Pierre Aguet**, Lausanne, L'Aire, 1996.
- Passeron, Jean-Claude, Jacques Revel (dirs.), **Penser par cas**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2005.
- Perrot, Jean-Claude, **Une histoire intellectuelle de l'économie politique (XVII^e-XVIII^e siècle)**, Paris, Éditions de l'EHESS, 1992.
- Pocock, John, **Political Thought and History: Essays on Theory and Method**, Cambridge, Cambridge University Press, 2009.
- Reddy, William, **The Navigation of Feeling. A Framework for the History of Emotions**. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- Rémond, René (dir.), **Pour une histoire politique**, Paris, Seuil, 1988.
- Revel, Jacques, "Histoire et sciences sociales. Lectures d'un débat français autour de 1900", en **Mil Neuf Cent. Revue d'histoire intellectuelle**, n° 25, 2007, pp. 101-126.
- Rioux, Jean-Pierre et Jean-François Sirinelli (dir.), **Pour une histoire culturelle**, Paris, Seuil, 1996.
- Rosanvallon, Pierre, **Pour une histoire conceptuelle du politique**, Paris, Seuil, 2003.
- Skinner, Quentin, **Les fondements de la politique moderne**, Paris, Albin Michel, 2009.
- Skinner, Quentin, **The Foundations of Modern Political Thought**, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, 2 vols.
- Tesnière, Valérie, **Au bureau de la revue. Une histoire de la publication scientifique (XIX^e-XX^e siècle)**, Paris, Éditions de l'EHESS, 2021.
- Venuti, Lawrence, **The Translator's Invisibility: A History of Translation**, Londres, Routledge, 2008.
- Vincent, Julien, "Concepts et contextes de l'histoire intellectuelle britannique: l' 'École de Cambridge' à l'épreuve", en **Revue d'histoire moderne et contemporaine**, n° 50-2, avril-juin 2003.
- Watt, Ian, "L'institution du compte rendu", en **Actes de la Recherche en Sciences Sociales** n° 59, Paris, septembre 1985.

[Christophe Prochasson, "La fabrique des œuvres. Perspectives pour l'histoire intellectuelle".

Traducción del francés de Mariana Canavese y Horacio Tarcus.
Revisión técnica de Margarita Merbilhaá]

Resumen

El artículo analiza el recorrido realizado por la historia intelectual durante las últimas cuatro décadas. Propone que en las producciones y debates, no sólo franceses, sobre la historia intelectual se advierte una triple crítica epistemológica: contra la historia cultural, contra la historia de las ideas y contra la historia social. A su vez, invita a distinguir la "nueva historia intelectual" por una construcción de objetos para la que es central tanto el cruce de la historia de los actores, de las instituciones y de las prácticas como el análisis de la producción y naturaleza del trabajo intelectual, de sus intenciones y de su recepción.

Palabras clave: Historia intelectual; Recepción de ideas; Historia cultural

Abstract

This article analyzes the development of intellectual history in the last four decades. Beyond the French field of study, it argues that intellectual history contains a triple epistemological critique: against cultural history, against history of ideas and against social history. It further defines the "new intellectual history" as the crossroads of the history of the actors and institutions involved in intellectual production, considered from the point of view of both intention and reception.

Keywords: Intellectual History; Reception of Ideas; Cultural History

Recibido: 17/04/2021

Aceptado: 20/06/2021

Notas para una historia intelectual de la historia intelectual

Un estado del campo en la Argentina

Mariana Canavese*

Erígida sobre las críticas al programa clásico de la *History of Ideas* encabezado por Arthur Lovejoy y expresión —entre otras— de la nueva configuración historiográfica que se inaugura hacia los años setenta del siglo pasado, la historia intelectual es hoy un campo de estudios en el que convergen diversas aproximaciones: la escuela anglosajona de historia de los lenguajes políticos con Quentin Skinner y sus colegas de Cambridge; la línea alemana, desde la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer y la historia de conceptos con Reinhart Koselleck hasta los estudios de recepción de la Escuela de Constanza; la vía estadounidense con Anthony Grafton, Martin Jay, Dominick LaCapra; la vertiente francesa de la *histoire intellectuelle*, la *histoire des intellectuels* de François Dosse, Jean-François Sirinelli, Christophe Prochasson, o la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon.¹

Pero en Argentina tiene un recorrido con ritmos, estaciones y derivas propias. Compone un campo de estudios dinámico que plasma en equipos de investigación, encuentros académicos y revistas especializadas desde donde se piensan y debaten cuestiones de método y prácticas específicas. Hasta décadas recientes, el trabajo sobre las ideas correspondió aquí más a las canteras de la filosofía que de la historia. En el movimiento hacia la constitución de la historia intelectual como un área de estudios locales —parte de un proceso de profesionalización y de especialización del campo historiográfico en general—,²

ciertas menciones aparecen ya en la segunda mitad de la década de 1980 y hay consenso en que el área comienza a nombrarse promediados los noventa.³ Para la primera parte de la década de 1990, la perspectiva de la historia intelectual no aparece nítidamente enunciada y en todo caso se la incluye dentro de una suerte de renacimiento de la historia de las ideas antes que como una nueva modulación o una inflexión que disloque la tradición anterior.⁴ Por ejemplo, los hermanos Alejandro y Fabián Herrero llevan adelante una encuesta sobre historia de las ideas en Argentina donde es manifiesto el uso indistinto de ambas nominaciones.⁵ Para la segunda parte de la década, la

* Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) / Universidad Nacional de San Martín (UNSAM), Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina; mcanavese@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0002-7612-1314>.

1 Agradezco especialmente al equipo del Seminario de Historia Intelectual del CeDInCI por proponer el espacio para discutir una extensa primera versión de este texto en el esquivo 2020, por sus sugerencias y aportes, y al equipo del Seminario Interinstitucional de Historia Intelectual de América Latina (El Colegio de México / UAM-Cuajimalpa / Universidad de Colima) y sus participantes por propiciar nuevamente una discusión sobre estos temas en junio de 2021.

2 En la segunda parte de la década de 1980, en el contexto de la recuperación de la democracia y tras el cataclismo producido por la dictadura cívico-militar, el campo historiográfico argentino se profesionaliza, los espacios institucionales se redefinen, rejuvenecen áreas como la historia política y la historia cultural. Nora Pagano diagnostica a partir de los noventa un medio historiográfico "reprofesionalizado y normalizado"; ver Nora Pagano, "La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos", en Fernando Devoto (dir.), **Historiadores, ensayistas y gran público**, Buenos Aires, Biblos, 2010, p. 45. La historia intelectual ocupa entonces, y lo hará por varios años, un espacio subordinado dentro de una "nueva historia cultural" que abarca ideas e intelectuales.

3 En 1986, Hilda Sabato aprovechaba el comentario sobre el entonces reciente ensayo de Robert Darnton, **La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa**, para pensar el lugar de la historia intelectual y proponer una suerte de careo con otras tradiciones historiográficas enmarcado en el concierto de las producciones internacionales y sin referencias todavía al campo local; ver en Hilda Sabato, "La historia intelectual y sus límites", en **Punto de Vista**, n° 28, noviembre de 1986, pp. 27-31. En un texto programático, Carlos Altamirano ha sugerido que fue ése, quizás, el primer empleo entre nosotros de "historia intelectual" en el sentido que hoy le damos; ver en Carlos Altamirano, **Para un programa de historia intelectual**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [1999]. Jorge Myers anota también para entonces la procedencia de una historia de las ideas renovada a partir de la concurrencia de la recepción de Michel Foucault y del marxismo cultural inglés, así como de la sociología de los intelectuales y de la cultura de Pierre Bourdieu y los inicios de una circulación regular, aunque todavía restringida, de los textos fundamentales de la Escuela de Cambridge sobre historia de las ideas políticas y de la *Begriffsgeschichte*. Inscribe especialmente en sus orígenes locales los nombres de José Luis Romero y Tulio Halperin Donghi; ver en Jorge Myers, "Discurso por el contexto: hacia una arqueología de la historia intelectual en Argentina", en **Prismas**, n° 19, 2015, p. 180.

4 En 1990 puede leerse la imprecisión que las nominaciones volcaban sobre los contornos y las características de esas áreas: mientras Oscar Terán refería a una historia de las ideas que no habría tenido entre nosotros "que aguardar [...] a la irrupción de corrientes —cuando no de la moda— del análisis discursivo para desarrollarse. ¿Bajo qué otra adscripción teórica podrían si no colocarse algunos estudios elaborados por Levene, Palcos, Alberini, Canal Feijóo o José Luis Romero?"; Altamirano afirmaba que, por fuera de las publicaciones académicas, el terreno más fértil de la investigación histórica era entonces entre nosotros el de la "historia de las ideas o historia intelectual": **La tradición republicana** de Natalio Botana, **El espejo de la historia** de Halperin Donghi, **José Ingenieros: pensar la nación**, de Terán, y en la frontera: **Una modernidad periférica** de Beatriz Sarlo y **El discurso crollista** de Adolfo Prieto, todos trabajos editados en esos últimos cinco años que compartirían como "materia principal algún sector del campo de las significaciones". Ver Oscar Terán, "Apuntes sobre la historia de las ideas", en **Espacios de crítica y producción**, n° 8/9, diciembre 1990-enero 1991, p. 2; Carlos Altamirano, "Breve apología de la historia intelectual", en **Espacios de crítica y producción**, n° 8/9, diciembre 1990-enero 1991, p. 3.

5 Alejandro Herrero y Fabián Herrero, "Encuesta sobre Historia de las Ideas" [dos partes], en **Estudios Sociales**, n° 6-7, 1994; A. Herrero y F. Herrero,

revista de historia intelectual **Prismas** publica su primer número (1997), que reúne ponencias y comentarios de las Primeras Jornadas "Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana", realizadas en la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) en 1995.

Hoy es frecuentemente pensada como un área con nombre propio, pero bordes poblados por múltiples hibridaciones; una subdisciplina de límites borrosos, una zona fronteriza de encuentros y tensiones permeada por diversos enfoques y estrategias. Pero, ¿qué diría una historia intelectual de la historia intelectual argentina? ¿Qué de la identidad en medio de la polifonía?

Estas páginas se proponen reconstruir aspectos que hacen a la historia intelectual argentina, algunos de sus desarrollos y perspectivas, de sus itinerarios y preguntas, a modo de balance de las últimas décadas. El recorte tiene al menos un problema, el de la poca pertinencia de una mirada nacional para una historia intelectual tramada en diálogos, redes y colectivos regionales. Sin dejar de considerar la importancia que adquieren los estudios latinoamericanos para pensar las disímiles y asimétricas condiciones de producción y legitimación mundiales, se intenta reparar en las especificidades que hacen al área en Argentina. Con sus aciertos y sus errores, el mejor destino de este ensayo de interpretación del campo es, por eso, el de contribuir a una cartografía latinoamericana de la historia intelectual contemporánea.

No obstante, detrás de ese objetivo puede notarse una inquietud más honda y abierta a debate. Hace ya varios años, Elías Palti recordaba cuando William Bouwsma advertía sobre la situación de la historia intelectual norteamericana en los ochenta una suerte de expansión de su alcance al punto de concluir que "ya no necesitamos historia intelectual porque todos nos hemos convertido en historiadores intelectuales".⁶ Ahora bien, si se observa un interés creciente en los temas de la historia intelectual y sus proximidades, ¿a qué atribuirlo? Quiero decir, ¿por qué en este campo y no en otros, como el de las batallas militares o la historia de las religiones? Y, en cualquier caso, por qué pensamos que hace sentido hablar de esto, o cómo se explica históricamente este retorno a una reflexión sobre la propia práctica, este giro autorreflexivo. Especialmente: ¿Hasta qué punto podemos omitir, en un balance de nuestro estado del campo, las preguntas sobre sus intelectuales hoy? Esto es, en qué medida la imprecisa definición de la historia intelectual se vincula con la crisis teórico-política en que emergió, qué hay de la relación entre teoría y política en el campo y qué efectos produce en la actualidad.

Las ideas y sus historiadores, Santa Fe, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, 1996.

6 Elías Palti, "Giro lingüístico" e historia intelectual, Bernal, UNQUI, 1998, pp. 20-21.

La hipótesis que propongo es que, desde los años noventa, el auge de la historia intelectual operó como un contrapunto del declive de la función intelectual: dedicarse a estos estudios ha hecho que perviva una actitud activa cuando el grueso de la práctica intelectual daría más bien signos de agotamiento. Si los años sesenta y setenta fueron en Argentina un momento de politización de las/los intelectuales, y los ochenta la oportunidad de la expresión pública de su vocación, de los años noventa en adelante el privatismo se manifestó también en una suerte de enclaustramiento no pocas veces revestido de una cada vez más sólida profesionalización. ¿La historia intelectual surge como síntoma de una ausencia (la práctica intelectual como actividad urgente que convoca a la acción) y vuelve como nostalgia en el retorno del objeto? Me pregunto si esta especialidad —un espacio en el que es posible hacer congeniar a la vez diversas tradiciones y distintos ámbitos— no ha sido la ocasión de mantener algo del brillo de una actitud activa en tiempos de pluralismo; si se ha intelectualizado el campo más allá de la política; si la historia intelectual no termina de saldarse con la práctica intelectual concreta. Hace años, en otro contexto y en relación a otros debates, el historiador Ignacio Lewkowicz hizo el diagnóstico de una mimesis: "Los [enunciados] de Echeverría tenían por objeto la nación por hacer; los actuales, los de Echeverría";⁷ el objeto de aquellos intelectuales, la nación; el objeto de éstos, aquellos intelectuales. Podría pensarse hoy: Intelectuales que disertamos sobre intelectuales. En todo caso, ¿qué es actualmente una práctica político-intelectual? ¿Qué debates de la historia intelectual se anudan ahora a una intervención política? Se podría argumentar que discutir intelectuales es un acto político, claro. Pero discutir intelectuales como práctica y como campo podría ser también un modo de autojustificación de la inacción política. El problema es extensible al campo historiográfico en general, si no más allá; sin embargo, lo que hace a este asunto medular aquí es la centralidad de los intelectuales que pensamos siempre necesariamente en relación a la política, de ser sujetos de una práctica a ser nuestros objetos. Las/los historiadores intelectuales, ¿somos intelectuales, en el sentido que asocia teoría y política? Y también: ¿cuál es el punto ciego de nuestra historia intelectual? ¿Qué prácticas tenemos que crear para que otros horizontes sean posibles? Mi propuesta es, en principio, reconstruir y pensar las características del área.

Sobre la (in)definición del campo⁸

En general y en el mundo, las propuestas de la historia intelectual

7 Ignacio Lewkowicz, "Una mirada sin embargo sombría", en Roy Hora y Javier Trimboli (comps.), **Discutir Halperin**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1997, p. 133.

8 Hay mucha bibliografía sobre este problema más allá del campo local, para citar un ejemplo remito a la conferencia en Cornell University que organizaron en 1980 LaCapra y Steven Kaplan, donde se advertían incertidumbres, hibridaciones y dificultades para dar con una única y aceptable definición de la historia intelectual, publicada poco después como **Modern European Intellectual History: Reappraisals and**



emergen de debates, críticas y reformulaciones de una historia de las ideas abocada al estudio de modelos de pensamiento, tipos ideales y obras canónicas de "grandes pensadores"; esto es, la autonomía de ideas abordadas desde algún esencialismo y descarnadas de sus temporalidades y contextos. De tal modo, la historia intelectual practica una desustancialización que implica, ahora, que no sólo se trata de qué dijo la autora/el autor, del contenido y la lectura interna de los textos, sino de cómo, por qué, cuándo es que se pudo decir lo que se dijo, de la íntima articulación entre textos y contextos, las condiciones de emergencia de las ideas tanto como las de su circulación y recepción.

Roger Chartier atribuía la vitalidad de la disciplina en Argentina a que "no ha estado encerrada en definiciones estrechas que a menudo la han debilitado".⁹ Entre los elementos de su conformación local suelen referirse una preeminencia inicial de las ideas filosóficas tanto como las lecturas críticas de aquella historia de las ideas al modo de la filosofía latinoamericana, sumado a la tradición de historia social, la mirada latinoamericana y vinculada a la política.¹⁰ Pero, justamente por la inquietud mencionada un poco antes y que atraviesa la clasificación abierta del área,¹¹ no podríamos adjudicarle las mismas características en Argentina, Brasil, Chile o México, en América Latina y en

Europa, en Europa y Estados Unidos. Si el desplazamiento que la historia intelectual produce respecto de la historia de las ideas viene de la mano de la reivindicación del rol del sujeto, de sus experiencias y estrategias, de las operaciones de contextualización, en Argentina se suman a lo anterior aspectos, por ejemplo, de la crítica literaria y la sociología de la literatura, de la recepción de Antonio Gramsci y de Raymond Williams, de la sociología de la cultura de Pierre Bourdieu, la historia cultural de lo social, la historia cultural de las ideas o la historia social de las ideas, de Roger Chartier a Robert Darnton o Peter Burke, del postestructuralismo, los aportes del giro lingüístico y del giro material, con énfasis distintos. De tal modo, la historia intelectual es, en Argentina al menos, la amalgama de la puesta en discusión de los parámetros de la historia de las ideas y la tradición de la filosofía argentina y latinoamericana con las marcas cinceladas por sus intelectuales desde espacios como la revista **Punto de vista** y ciertos elementos de las distintas vertientes críticas mencionadas al inicio.

Relacionado a ello, si en un balance no podría faltar la mención a las mediaciones de lectura, sus sujetos —quienes desbrozaron y nutrieron el campo con investigaciones, cursos, intercambios, proyectos e intervenciones—¹², esa referencia debería dar cuenta de algo fundante de la historia intelectual entre nosotros que se relaciona con otras torsiones: esto es, no atender sólo a los grandes nombres o a los autores considerados "consagrados", sino participar de un desplazamiento de las elites letradas a los hombres y las mujeres "corrientes", incluir profesores, editores, traductores, periodistas, militantes, etc., asumiendo una diversidad de sujetos antes ignorados que hacen a una concepción amplia de "intelectual".¹³

New Perspectives. Puede verse también el más reciente **Rethinking Modern European Intellectual History**, editado en 2014 por Darrin M. McMahon y Samuel Moyn.

- 9 Alejandro Herrero y Fabián Herrero, **Las ideas y sus historiadores...**, *op. cit.*, p. 11.
- 10 Un recorrido que, en sus trazos más gruesos, podría ir de la historia del pensamiento o el estudio de las ideas filosóficas —en trabajos como los de Francisco Romero, Arturo Andrés Roig, Horacio Cerutti Guldberg y, claro, Leopoldo Zea a escala latinoamericana— hacia las perspectivas de historiadores de la renovación historiográfica —desde una historia cultural o social de las ideas en José Luis Romero o de una historia política de los intelectuales, según la interpretación de Altamirano para el caso de Halperin Donghi—. Para una síntesis historiográfica en este sentido y para décadas recientes, remito a los textos de Paula Bruno, "Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad", en **Cercles**, n° 13, 2010, pp. 113-133; Jorge Myers, *op. cit.*; Mara Polgovsky Ezcurra, "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico'", en **Nuevo Mundo Mundos Nuevos**, 2010. Para un panorama desde la historia del pensamiento argentino, pueden verse los textos de Hugo Biagini y de Arturo Andrés Roig en AA.VV., **Una evaluación crítica de la producción histórica argentina**, Buenos Aires, CICH, 1990. Para un recorrido por algunos momentos de la historia de las ideas y la historia intelectual latinoamericana, ver Horacio Tarcus, "Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina", en **Pléyade**, n° 15, 2015, pp. 9-25.
- 11 Entiendo a la historia intelectual como un vasto campo de perspectivas y recursos de investigación. La siguiente definición cobija la amplitud sin sacrificar la claridad: "La historia intelectual analiza los procesos de producción de significados en el interior de una sociedad, centrandose su análisis tanto en el producto final de esos procesos, con sus contenidos —que por su propia naturaleza están abiertos a una pluralidad de interpretaciones—, cuanto en los productores y en los contextos de producción de los mismos. [...] [Un espacio cuya] principal prescripción metodológica parecería ser, pues, ésta: que sólo será historiográficamente legítima aquella exploración que acepte la necesidad de acceder —en términos historiográficos— al discurso por el contexto"; Jorge Myers, *op. cit.*, p. 182. Aunque hay otras perspectivas, y aun distinciones que pueden indicarse respecto por ejemplo de la historia conceptual, de los conceptos o de los lenguajes políticos, tomo aquí las formas locales de la historia intelectual en sentido amplio.

- 12 En una lectura de la historiografía argentina en la que puede observarse la lenta configuración de un campo local de estudios renovado para la historia de las ideas, Halperin Donghi concertaba en 1986 algunas referencias: obras como las de Adolfo Prieto y David Viñas en el cruce de la historia y la crítica literaria; Gregorio Weinberg y José Carlos Chiaramonte como quienes tomaron "la marcha de las ideas" como "un aspecto parcial de un desarrollo más general"; Natalio Botana y José Aricó con una reforzada conciencia sobre la relación de las ideas con el contexto histórico, "una conciencia igualmente aguzada de lo que el mundo de las ideas tiene de específico" (Tulio Halperin Donghi, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", en **Desarrollo Económico**, Vol. 100, n° 25, enero-marzo 1986, pp. 517-518). Esas referencias se suman a las mencionadas en otras partes de este texto, y a ellas habría que añadir para la segunda mitad de la década de 1980 el **José Hernández y sus mundos** de Halperin Donghi, por ejemplo. En la misma década otros cruces favorecían el sustrato de la historia intelectual. Entre las obras que han marcado el campo local son fundamentales las de Terán, Aricó, Altamirano y José Szabón.
- 13 Ese movimiento puede verse en **Mariátegui en la Argentina, o las políticas culturales de Samuel Glusberg** (El cielo por asalto, 2001) de Horacio Tarcus, **La constelación del Sur: traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX** (Siglo XXI, 2004) de Patricia Wilson, el volumen dirigido por José Luis de Diego **Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2010** (Fondo de Cultura Económica, 2014) y su anterior **¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)** (Ediciones Al Margen, 2001), **Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI** (Siglo XXI, 2017) de Gustavo Sorá, entre muchos otros ejemplos. En esta línea habría que inscribir también proyectos como el **Diccionario biográfico de las izquierdas latinoamericanas. Movimientos sociales y corrientes políticas** (diccionario.cedinci.org) que lleva adelante el CeDInCI.



Objetos

Otra entrada a un balance de nuestra historia intelectual podría atender a sus objetos. Si partimos de los índices de las revistas del área, la agenda de temas es vastísima: va de la historia urbana, la historia de la ciudad y de la vivienda a la literatura y la estética, el cine, la música y el teatro, pasando por la recepción y circulación internacional de ideas, las formas de circulación de la cultura letrada entre los sectores populares, las sociabilidades, la prosopografía y la biografía, los intercambios epistolares, las redes intelectuales, la historia de la lectura, del libro y la edición, las revistas, la prensa y la opinión pública, la historia de los intelectuales, la función intelectual del maestro rural a las elites letradas, las profesiones y las historias disciplinares, la sexualidad, la familia, el psicoanálisis, las enfermedades, el positivismo y la cultura científica, los problemas de la modernidad y la posmodernidad, las tradiciones políticas, el peronismo, las izquierdas, los feminismos, la cuestión nacional, la construcción del Estado, las prácticas electorales y la ciudadanía, las representaciones sociales y políticas, la construcción de identidades. La historia intelectual pareciera omniciente a partir de su propio pulso.¹⁴ Ciertas líneas son medulares y atraviesan las investigaciones de los últimos años, como los estudios de recepción y circulación de ideas, el análisis de los lenguajes políticos, la historia de los intelectuales y la historia del impreso.

Este mosaico parcial e inconcluso da cuenta de una historia intelectual que, en Argentina, compone un campo de estudios vasto, mixturado y resistente a las taxonomías. Una zona de roces, diálogos e interacciones con la historia de las ideas, la historia cultural, la historia política y social, la hermenéutica, la sociología de la cultura, la crítica literaria, la filosofía política, la historia de las disciplinas científicas, la historia del arte, el análisis del discurso, los estudios culturales y poscoloniales, y más. Un espacio heterogéneo, con las posibilidades y los problemas que trae negociar los límites del archivo, las apuestas metodológicas y los enfoques teóricos.

Si vale a modo ilustrativo, un campo emergente como es el de los estudios sobre revistas viene ganando espesor desde la década de 1980, gracias a las reediciones facsimilares y luego al acceso en línea.¹⁵ De su uso como fuente a su conformación como un objeto en sí mismo, las revistas han devenido un espacio de confluencia de distintas perspectivas.¹⁶

En las investigaciones que se han ido desarrollando en los últimos años, una parte hace por ejemplo a la presencia de aspectos ligados a la circulación de ideas. Más allá de una irradiación difusa, digamos que en términos específicos todo un subcampo de estudios se relaciona con las perspectivas, contribuciones y debates teórico-metodológicos sobre la circulación internacional de las ideas, la recepción y los usos.¹⁷ En orientaciones más textualistas o más materiales, dan cuenta de mediaciones de interpretación y de soporte que favorecen los recorridos de las ideas, las transforman y encuadran de algún modo lo que se da a leer. Hay en esto, además, una dimensión geográfica, territorial, que estimula las cartografías en el área. Se analizan las lecturas, las interpretaciones y otras operaciones que hacen a la lógica de las elecciones de lo que se traduce y publica. Un conjunto de reflexiones sobre la importancia de los estudios latinoamericanos para pensar el lugar de las ideas muestra, así, el cambio de eje de la soberanía del autor a la del lector, cuestiona la concepción atemporal, cerrada y definitiva de una obra y propone, en cambio, una radical historización de las lecturas. En las perspectivas que conforman hoy un área de estudios sobre la recepción y circulación internacional de ideas están contenidas una aspiración antinormativa y un trabajo profundo sobre la performatividad de las palabras. Por cierto, los cruces entre estos estudios y los de traducción involucran distintos abordajes, entre la traducción como práctica profesional y como metáfora.¹⁸ En cualquier caso, la perspectiva de los estudios sobre circulación de ideas interviene en lo que hace a las desiguales condiciones de producción y legitimación, respecto de los desafíos de pensar estos movimientos sin que la presencia de campos intelectuales con más recursos económicos opaque —por ejemplo— los diversos recorridos latinoamericanos.

Espacios

Si la diversidad de los objetos atenta todavía contra una lectura más precisa del campo, una clave de acceso fundamental se debe sin duda a sus espacios y redes forjadas a partir de la renovación y el crecimiento de ámbitos institucionales en el país desde mediados de la década de 1980. Los medios de su instauración y consolidación han sido lugares de formación y

14 Tal como dice Acha, "La historia intelectual detenta otra ambición: la de evidenciar que toda historiografía es historia intelectual"; Omar Acha, "Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación", en *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 18, 2021, p. 29.

15 Proyectos, portales y colecciones digitales, entre ellos Ahira (Archivo Histórico de Revistas Argentinas, <https://ahira.com.ar>) —dirigido por Sylvia Saitta, quien lleva también varios proyectos sobre revistas en el marco del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la UBA— y AméricaLee (<https://americalee.cedinci.org>) —coordinado por Karina Jannello en el CeDInCI—, han hecho accesibles publicaciones periódicas dispersas e incluso inhallables.

16 Para un análisis pormenorizado de la emergencia del campo de estudios sobre revistas culturales y políticas en América Latina y sus relaciones con la historia intelectual, ver Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas*, Temperley, Tren en Movimiento, 2020.

17 Trabajos como *Las vetas del texto* (Puntosur, 1990), *La letra gótica* (Facultad de Filosofía y Letras UBA, 1992) o *Carl Schmitt en Argentina* (Homo Sapiens, 2000) de Jorge Dotti, *Freud en Buenos Aires* (Puntosur, 1989) y *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* (Paidós, 1996) de Hugo Vezzetti, *Los usos de Gramsci* (Grijalbo, 1999) de Juan Carlos Portantiero, *El marxismo olvidado en la Argentina* (El cielo por asalto, 1996), *Marx en la Argentina* (Siglo XXI, 2007), *La biblia del proletariado* (Siglo XXI, 2019), *Los exiliados románticos* (FCE, 2020) de Horacio Tarcus, mi propio trabajo sobre *Los usos de Foucault en Argentina* (Siglo XXI, 2015), haciendo mención de sólo algunos.

18 Un análisis sobre estos temas se encuentra en el artículo de Griselda Mársico, "Traductología e historia intelectual: una exploración de las posibilidades de diálogo interdisciplinario", en *Lenguas Vivas*, n° 13, 2017.



discusión, en principio especialmente dos ámbitos académicos dirigidos por Terán en la Universidad de Buenos Aires (UBA): la cátedra de Pensamiento Argentino y Latinoamericano, en el Departamento de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras, de la que fue titular por varias décadas, y el Seminario de Historia de las Ideas, los Intelectuales y la Cultura, creado en 1988 en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani". Se suman luego el Programa de Historia de las Ideas y Análisis Cultural (1994), con sede en el Centro de Historia Intelectual (CHI/UNQ),¹⁹ y los proyectos encarados desde el Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDInCI) que convergen en el Seminario permanente de Historia Intelectual y recepción de ideas, entre otros proyectos.²⁰ Pero también, el Programa de Estudios en Historia Cultural e Intelectual "Edith Stein" a cargo de José Emilio Burucúa y otros núcleos y programas de la Universidad Nacional de San Martín que abren a distintos enfoques, como el Centro de Investigaciones en Historia Conceptual (CEDIHNCO) organizado por Claudio Sergio Ingerflom,²¹ el Programa de Historia Cultural del Instituto de Estudios Históricos que dirige Mariano Di Pasquale en la Universidad Nacional de Tres de Febrero; ciertas actividades promovidas por el Programa de Historia y Antropología de la Cultura y el Programa Cultura Escrita, Mundo Impreso, Campo Intelectual

con sede en el Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR); todo un grupo de investigadores que radican sus trabajos en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Plata y en el Instituto Ravignani de la UBA; algunos de los encuentros hospedados por el Instituto de Desarrollo Económico y Social en Buenos Aires; experiencias, incluso, como la del Taller de Historia de las Mentalidades que funcionó en la década de 1990, bajo la coordinación de Cristina Godoy y Eduardo Hourcade, como anexo a la cátedra de Teoría de la Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario; entre otros y con apoyos institucionales como los de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Hay que decir que el crecimiento del CONICET desde 2003 funcionó como puntal y refugio de estas investigaciones.

La consolidación del campo de estudios se expresa, además, en la nueva Maestría en Historia Intelectual de la UNQ, en cursos de posgrado en el CeDInCI y en la Escuela de Humanidades de la UNSAM y en una presencia más generalizada —aunque también difusa— en las universidades.²²

En estos espacios son visibles distintos modos de entender y practicar la historia intelectual, que van de matices a contrastes político-programáticos. Algo de esto podría leerse en el derrotero de la polémica conocida como "No matarás", generada por la carta de Oscar del Barco en 2004 y que tuvo un hilo de intervenciones variadas sobre la historia argentina reciente, la violencia revolucionaria y la identidad de la izquierda.²³ No voy a detenerme en el debate y sus corolarios, mi interés aquí es otro: de la puesta en discusión de la violencia revolucionaria a la lucha por los sentidos del marxismo, la polémica expresó posiciones político-historiográficas que podrían resumirse como "perspectivas deconstructivas versus perspectivas

19 Desde 1998, Programa de Historia Intelectual, luego Programa de Historia Intelectual Latinoamericana y actualmente Programa de Historia Intelectual Argentina y Latinoamericana —dirigidos consecutivamente por Terán, Altamirano y Adrián Gorelik—. Organizado inicialmente por Terán y Altamirano junto con Palti, Myers y Gorelik, se dio la tarea de pensar de un nuevo modo la historia de las ideas: en 1997 crearon la revista **Prismas** con el objetivo de darle un espacio renovado a la historia intelectual; en 1998 se presentaron por primera vez colectivamente fuera de la Argentina, en el congreso de la Latin American Studies Association; idearon encuentros como *La Argentina en el siglo XX* (1999) y proyectos que los llevaron a establecer redes regionales, como el de una historia de los intelectuales en América Latina. Aunque como grupo es heterogéneo en sus referencias teóricas, sus aproximaciones metodológicas y sus posiciones políticas, y aun cuando sus marcos intelectuales e institucionales exceden con mucho a la UNQ y a su planta docente, ese espacio gesta proyectos de investigación que los amalgaman en un colectivo, en actividades cuyos resultados se expresan también en publicaciones.

20 Inaugurado en el barrio porteño de Almagro en 1998 y abocado a la preservación del patrimonio documental y cultural de las izquierdas, el CeDInCI ha ganado una fuerte y creciente incidencia regional e internacional no sólo como biblioteca, hemeroteca y archivo sino como centro de investigación en ciencias sociales y humanas. Dirigido por Horacio Tarcus, el Centro ha llevado adelante proyectos colectivos que van de los estudios de recepción de ideas a las revistas político-culturales en la historia intelectual, pasando por las redes político-intelectuales, las prácticas de lectura y los proyectos editoriales de las izquierdas argentinas y latinoamericanas. Aloja el mencionado Seminario de Historia Intelectual y recepción de ideas, creado en 2009 y formado por investigadores de diferentes universidades argentinas. Buena parte de las perspectivas abrevan en los estudios de recepción de ideas y en una historia intelectual más cercana a la historia de las/los intelectuales donde podrían leerse correspondencias con la escuela francesa —de Chartier a Prochasson— tanto como con la escuela de Constanza.

21 El primero más volcado a la historia cultural y del libro, la lectura y la edición en diálogo con las producciones de Chartier; el segundo vinculado con la escuela italiana de Giuseppe Duso y Sandro Chignola.

22 Esa presencia va, por ejemplo, de los seminarios de grado dictados por Szabón y por Terán en la UBA a los más recientes cursos de posgrado en esa misma casa de estudios.

23 La carta de Del Barco siguió a una entrevista a Héctor Jouvé en la que relataba la experiencia en el Ejército Guerrillero del Pueblo en Salta y los fusilamientos de militantes por parte de la organización. Ambas fueron publicadas por la revista cordobesa **La Intemperie**. Algunas intervenciones dentro de esa polémica pueden verse en Elías Palti, "La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de **La fidelidad del olvido** de Blas de Santos y el 'affaire del Barco'", en **A Contracorriente**, Vol. 5, n° 2, 2008, pp. 99-114; E. Palti, "La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante", en Luis Ignacio García (ed.), **No matar II**, UNC, Córdoba, 2010; E. Palti, "La historiografía militante 'ponderada' y su método", en **Prismas**, n° 16, 2012, pp. 221-230; Ariel Petruccelli, "El marxismo después del marxismo", en **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, 2011, pp. 287-294; Laura Sotelo, "Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica: Una discusión con Elías Palti", en **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, 2011, pp. 295-301; Horacio Tarcus, "Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco", en **Políticas de la Memoria**, n° 6/7, 2007, pp. 14-25; H. Tarcus, "Elogio de la razón militante. Respuesta a Elías J. Palti", en **Políticas de la Memoria**, n° 8/9, 2009, pp. 19-37; H. Tarcus, "La devaluación logicista de la historia. Última réplica a Elías Palti", en **Prismas**, n° 17, 2013, pp. 245-253; entre otras.

reconstructivas".²⁴ Para lo que aquí interesa, se podrían advertir ahí dos modos de la historia intelectual que forman parte de un mismo universo: el enfoque discursivo y la perspectiva material. Me resulta difícil pensar esos encuadres escindidos y no como parte de un mismo campo de estudios que hace a la "nueva historia intelectual" y a la diversidad de sus abordajes. De tal modo, ese debate podría leerse como una clave de acceso a ciertas configuraciones de la historia intelectual argentina: una filiación marxista que va, en Tarcus, de las lecturas de Maurice Merleau-Ponty, Perry Anderson y Antonio Gramsci a las de José Aricó,²⁵ José Szabón y las vertientes que arraigan en el giro material, las formaciones político-intelectuales, sus expresiones y redes; el interés, en Palti, en la historia de los lenguajes políticos, el análisis de textos clásicos desde la concepción de la función performativa del lenguaje filiada en las propuestas de la escuela británica (Pocock y Skinner), la escuela alemana (Koselleck), la historia conceptual y la nueva historia política, orientado por un fuerte examen teórico y lógico atento al universo abierto por el giro lingüístico que estudia las élites intelectuales desde el punto de vista de las discursividades.²⁶

Por otra parte, si en Terán estaban tempranamente las marcas de una tentativa por pensar la historia de las ideas con nuevas herramientas y preguntas, en Altamirano la historia intelectual recorre el camino hacia una historia de los intelectuales: entendidas como irreductibles una a otra, la última

debía ser la historia de un actor que inscribía su acción en diferentes arenas, la más visible de las cuales era la arena del debate cívico, aunque la intervención de los intelectuales en la escena política estaba lejos de agotar sus ámbitos y formas de actividad. Por cierto, la producción discursiva y las creaciones culturales eran dimensiones esenciales de la práctica intelectual. Los objetos, las fuentes y las tareas de

una historia de las élites culturales, sin embargo, excedían los de una historia organizada en torno de obras, corrientes de pensamiento, movimientos artístico-literarios.²⁷

Entre las lecturas de Bourdieu y Williams, de Halperin Donghi, Prieto, Viñas y Real de Azúa, la práctica de la historia intelectual en Altamirano sería una atenta a los hechos de discurso en la que se intersectan la historia política, la historia de las élites culturales y de la literatura, con vínculos con la crítica literaria y la sociología de la cultura, dispuesta sobre obras que han jalonado la construcción de la identidad latinoamericana.

Hay también, claro, otras perspectivas. Incluso enfoques que no suscriben a una distinción entre historia de las ideas e historia intelectual, que relativizan la novedad de esta última, le cuestionan desconocer los aportes de una larga trayectoria latinoamericana y reclaman "una actitud más dialéctica, no solo oposicional".²⁸ Así, podría pensarse que no hay tal cosa como un corte quirúrgico entre historia de las ideas e historia intelectual en Argentina. En cualquier caso, esto indica una diferencia respecto de lo que ocurre en otras latitudes, por ejemplo del escaso intercambio de la historia intelectual europea entre sus variantes francesas, alemanas, anglosajonas.²⁹

Revistas y encuentros

Los medios locales de la nueva historia intelectual han sido también las revistas, desde donde se llevaron adelante políticas de traducción, se promovieron intervenciones y debates y se alojaron producciones específicas. Aun con la preeminencia de la historia social que se desprende del análisis de Martha Rodríguez sobre la historiografía argentina en la década de 1990, aquellos son los años en que empiezan a aparecer revistas propias del campo. Esto es, si bien en **Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales de Tandil, Estudios Sociales y Entrepasados** —tres revistas que nacen entre mediados de los ochenta e inicios de los noventa, con amplia circulación y vinculadas a ámbitos universitarios— se destina entonces "el 14% a problemáticas agrupadas laxamente bajo el rótulo de historia cultural", de las ideas e intelectual,³⁰ para entonces **Punto de Vista** ya venía dando cuenta de la renovación que traía a la historiografía la

24 Ariel Petruccelli, *op. cit.*, pp. 287-294.

25 Tarcus ubica a Aricó en la genealogía de los estudios de recepción de ideas al subrayar que el autor de **Marx y América Latina** y **La cola del diablo** atiende a la operatoria situada de las ideas y sus efectos, "aunque todavía (y no sin incomodidad) apele a la terminología de las 'influencias'; ver en Horacio Tarcus, "José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La problemática de la recepción y la historia intelectual", Seminario Internacional **Diálogos entre la antropología y la historia intelectual**, México, septiembre 2019.

26 Se traman ahí también estrechas afinidades con Halperin Donghi y Terán, por ejemplo. Sobre las contribuciones de Halperin Donghi a la historia intelectual —aun cuando sus intereses historiográficos, lejos de ceñirse a ese aspecto, se abrieran a distintas dimensiones de la vida histórica y a sus articulaciones—, decía Fabio Wasserman que a partir de la década de 1990 "no hay investigación vinculada a la historia intelectual y de los intelectuales de los siglos XVIII y XIX rioplatense e iberoamericano que no dialogue con su obra"; de esos años son algunas de las interlocuciones que traman Palti, también Myers. Wasserman sintetizaba las contribuciones de Halperin Donghi al desarrollo de la historia intelectual de esos siglos "en tres enfoques que hoy día informan este campo de estudios: examinar a los letrados considerando las tramas en las cuales estaban insertos; superar los abordajes tradicionales de sus producciones que se basaban en la clasificación y en la filiación de las ideas; tratar a la historia argentina en un marco continental"; ver en Fabio Wasserman, "Intelectuales, sociedad y política en los siglos XVIII y XIX: la historia intelectual en el espejo de Halperin Donghi", en **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"**, 2018, pp. 64-66.

27 Carlos Altamirano, "Sobre la Historia Intelectual", en **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2013, p. 162.

28 Alejandro Herrero (coord.), "¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?", en **Perspectivas metodológicas**, Vol. 21, 2021, p. 98.

29 Probablemente dejo fuera de este esbozo otras líneas que requerirían una consideración más detallada, en relación por ejemplo con el ensayo político y la tradición nacional y popular.

30 Un porcentaje que oscila entre 8% y 25%, dependiendo de la revista; ver en Martha Rodríguez, "Una década de historiografía argentina (1990-2000). Orientaciones, temas y problemas", en **Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"**, Vol. 2-3, n° 2-3, 2003.



historia intelectual y poco después surgieron **El Rodaballo** (1994-2006), **Prismas** (desde 1997) y **Políticas de la memoria** (desde 1998). Más adelante comenzaron a editarse **Estudios de filosofía práctica e historia de las ideas** (desde 2000),³¹ **Eadem utraque Europa** (desde 2005), **Conceptos Históricos** (desde 2015), que dieron lugar a desarrollos que podrían vincularse —a veces más estrechamente que otras— con una historia intelectual entendida en sentido amplio. Esto sin contar el espacio que gana el campo en ciertos números de **Prohistoria** (desde 1997), de la **Revista del Museo de Antropología** (desde 2008), de **Los Trabajos y los Días** (desde 2009), entre otras. Sin ir más lejos, recientemente **Perspectivas Metodológicas** (Universidad Nacional de Lanús) publicó la primera entrega del dossier "¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?" y la revista **Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda** (Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas, CEHTI) presentó uno dedicado a "Ensayos y debates sobre historia intelectual y marxismo".

Al rol de las revistas se suma una presencia editorial que va de colecciones como la Biblioteca del Pensamiento Argentino que Halperin Donghi dirigió para Ariel, pasando por títulos de colecciones como Historia y cultura, Metamorfosis o Sociología y política (en Siglo XXI), Historia (en el Fondo de Cultura Económica), Cultura y Sociedad (en Ediciones Nueva Visión), a las ediciones del CeDInCI, de la editorial de la UNQ y ciertos títulos de editoriales independientes, como El Cielo por asalto, Biblos, Prometeo, Tren en movimiento, entre otras.

Otros medios hacen a redes tramadas, por ejemplo, desde las Primeras Jornadas "Ideas, intelectuales y cultura. Problemas argentinos y perspectiva sudamericana" (UNQ, 1995), ciertas mesas en las Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia —el principal evento universitario de Historia en Argentina, que se celebra desde 1987—, los Talleres de Historia Intelectual que desde 2008 co-organizan IDACOR y el CHI, los congresos bienales de Historia Intelectual que tienen lugar desde 2012 en distintas ciudades latinoamericana,³² las Jornadas de Historia de las Izquierdas que el CeDInCI lleva adelante desde 2000, los proyectos de investigación y ateneos mensuales relacionados con la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis en el marco del Programa de estudios históricos de la psicología en la Argentina de la Facultad de Psicología de la UBA.

31 Editada por el Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales (INCHUSA/CONICET), fundado y dirigido en Mendoza por Arturo Andrés Roig, junto con la Unidad de Historiografía e Historia de las Ideas del mismo centro de investigaciones y el Seminario Permanente de Filosofía e Historia de las ideas. Aún en esa línea que se remonta a una presencia de Roig en la Universidad Nacional de Cuyo, ligada a la historia de las ideas y la filosofía latinoamericana, la revista se abre a nuevos enfoques y contribuciones.

32 Se realizaron en Medellín, Buenos Aires, Ciudad de México, Santiago de Chile y Montevideo.

Algunas perspectivas

Incluso con sus contornos difuminados, la historia intelectual conforma hoy en Argentina un campo consolidado. Ha contribuido, también, a un sustrato ineludible en cualquier estudio histórico —aquel de lo cultural e intelectual, de lo simbólico y afectivo, de los discursos, las significaciones y luchas por el sentido— y a nuevas discursividades y enfoques que la exceden y que permean a la disciplina histórica y más allá. Pero, ¿qué cambió en este poco más de cuarto de siglo de historia intelectual? ¿Qué desde la diseminación, podríamos decir epistemológica, que notaba Altamirano en aquel texto programático de 1999? ¿Vela acaso su eclecticismo cierta neutralización?

La búsqueda de definiciones y el establecimiento de delimitaciones no estuvieron entre las aspiraciones iniciales de nuestra historia intelectual, y el campo hoy pareciera definirse en sus prácticas. Martha Rodríguez anotaba para la historiografía argentina de la década de 1990 algo de estos aspectos, visibles en la historia intelectual local: una tendencia

a la dispersión y la fragmentación (temático-metodológica) correlativa con otra [tendencia] orientada hacia la especialización. Este proceso es acompañado por una visible 'baja tensión en el debate' y ausencia de interpretaciones globales, rasgo que se suele relacionar con fenómenos tales como la despolitización, la neutralización o la profesionalización.³³

No podríamos, pues, adjudicarle a esta área algo que hace al menos al campo historiográfico en general, cuando no a la tan referida ausencia de un paradigma dominante para el amplio arco de las ciencias sociales y humanas. Por otro lado, tal vez sí se haya modificado una tendencia visible en los noventa, la de una multiplicación de estudios monográficos pero una ausencia de obras pensadas como "libros integrales resultado de una necesariamente lenta pero también más completa y compleja elaboración".³⁴ En el campo de estudios de la historia intelectual es conocido el recorrido de la tesis doctoral al libro. Si esto se debe a una nueva costumbre de la cultura académica, a la proliferación de tesis doctorales o incluso si se trata de obras integrales y no de estudios monográficos, es algo que podrá discutirse pero que no opaca el hecho de una vasta publicación de "obras" en el área, buena parte de las cuales da cuenta de análisis actuales, miradas renovadas y con incidencia en la cultura nacional e internacional. Ese panorama viene acompañado de otras características, más generales y menos atribuibles a particularidades del campo, como la falta de articulación entre distintas producciones, la circulación endogámica de las investigaciones y todo lo que trae la normalización producida por la burocracia académica. En este sentido, y recuperando la pregunta sobre qué diría este balance

33 Martha Rodríguez, *op. cit.*

34 Raúl Fradkin, "Enrique Tándeter, **Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826**", en *Entrepasados*, n° 4-5, 1993, p. 163.

de nuestro estado del campo sobre sus intelectuales, habría que retomar una inquietud sobre los costos de la profesionalización: la despolitización como efecto estructural de la autonomización de los campos, la pérdida de debates y sentidos articulados con otros espacios, la burocratización visible en la falta de crítica a la calidad de lo que se produce tanto como en las condiciones materiales del trabajo que la generan. Aquí, como en el mundo, el campo está tramado hoy por miradas parciales; lejos de las pretensiones globalizadoras, es teórica y metodológicamente heterodoxo, carece de enfoques, temas o períodos privilegiados. Todo esto excede —tanto como hace— a la historia intelectual actual.

Si recuperamos sus preguntas locales, aparece una pronunciada perspectiva latinoamericana —una deriva político-intelectual que estaba contenida ya en la historia de las ideas—, una puesta en diálogo global, la especial atención a aspectos político-culturales caros a nuestras realidades, una integración —con distintos acentos— de fragmentos y reformulaciones de las distintas vertientes mencionadas al inicio de esta exposición, incluyendo un careo con las tradiciones latinoamericanas del trabajo sobre las ideas. Se hibrida con las lecturas de los diversos marxismos latinoamericanos y tiende a enfatizar las tramas de la circulación de ideas más que las de su producción. Tiene, también, una jerga específica. A todo lo cual no escapan tampoco estas páginas.

En ningún caso las entradas a la historia intelectual local antes referidas agotan los temas. Queda abierta una agenda donde inscribir otros desarrollos, por ejemplo: en intercambios más fluidos y menos nominales con otras áreas (los estudios de traducción, para poner un caso); en articulaciones que favorezcan una reflexión crítica en torno a una geopolítica de la circulación de ideas, en lo que hace a la reconstrucción de interacciones, el análisis de las asimetrías, los modos de pensar la agrupación o de reponer la diversidad, las transferencias materiales y culturales así como respecto de formulaciones como las de la "historia global", las "historias conectadas", las "historias cruzadas"; en la visibilización de los análisis desde una perspectiva crítica proveniente de las teorías feministas y los estudios de género.

Estas ideas acerca de cómo podríamos acercarnos a la historia intelectual tal como se viene practicando en Argentina dan cuenta, una vez más, de la imposibilidad del catálogo definitivo o el inventario total. Rizada por los distintos giros que en los últimos años modularon el movimiento de la historiografía, la historia intelectual ofrece nuevas claves interpretativas. En sus formas actuales en Argentina viene, en fin, a romper con cualquier tipo ideal, en los términos de "modelos" y "desviaciones", "originales" y "copias", y a renunciar a cualquier pretensión normativa, sea en los términos de la traición, el desvío, la mala lectura o la lectura incorrecta. Habilita así nuevos puntos de vista desnaturalizados y descentrados, no esencialistas ni dogmáticos. Siempre mestizos. Lejos de una tradición férrea, es entre nosotros un espacio polifónico y abierto. Y, en este sentido, sus límites imprecisos son también sus posibilidades.

Ahora bien, en qué medida estas virtudes, que rechazan una identidad fija y promueven la desustancialización, no traen también consigo, solapado, el nuevo sentido aplanado y dominante de un hedonismo un poco espiritualizado, como diría Žižek. En este punto insiste una inquietud inicial: ¿Qué de la historia intelectual local trasciende los derroteros profesionales, los imperativos académicos o las ilusiones de la consagración entre pares? Problematizar la función intelectual es inescindible de una apelación no discursiva a las propias prácticas que podría volcarse hacia la conformación de lo contemporáneo como objeto —no subsidiario— de reflexión, tanto como hacia una práctica político-intelectual orientada a un pensamiento del afuera. Una agenda en la configuración actual del campo no debería soslayar las discusiones sobre la función intelectual, sobre las propias maneras de hacer y los efectos más allá de los espacios académicos, sobre la creación de sentidos y la generación de sinergias. No deja de ser paradójica esta inquietud, tratándose de un campo abierto y plural no abandona el nicho; interesada en pensar en términos político-intelectuales sublima historiográficamente.

Bibliografía citada

- AA.VV., **Una evaluación crítica de la producción histórica argentina**, Buenos Aires, CICH, 1990.
- Acha, Omar, "Marxismo e historia intelectual en la Argentina (y más allá): notas para una investigación", en **Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda**, n° 18, 2021, pp. 15-36.
- Altamirano, Carlos, "Breve apología de la historia intelectual", en **Espacios de crítica y producción**, n° 8/9, diciembre 1990-enero 1991, pp. 3-5.
- **Para un programa de historia intelectual y otros ensayos**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005 [1999].
- "Sobre la Historia Intelectual", en **Políticas de la Memoria**, n° 13, 2013, pp. 157-162.
- Bruno, Paula, "Notas sobre la historia intelectual argentina entre 1983 y la actualidad", en **Cercles. Revista d'Història Cultural**, n° 13, 2010, pp. 113-133.
- Fradkin, Raúl, "Enrique Tándeter, **Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826**", en **Entrepasados**, n° 4-5, 1993, pp. 163-167.
- Halperin Donghi, Tulio, "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)", en **Desarrollo Económico**, Vol. 100, n° 25, enero-marzo 1986, pp. 487-520.

- Herrero, Alejandro; Herrero, Fabián, "Encuesta sobre Historia de las Ideas" [dos partes], en **Estudios Sociales**, n° 6-7, 1994.
- Herrero, Alejandro; Herrero, Fabián, **Las ideas y sus historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa**, Santa Fe, Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral, 1996.
- Herrero, Alejandro (coord.), "¿De qué hablamos cuando hablamos de historia de las ideas o historia intelectual?", en **Perspectivas metodológicas**, Vol. 21, 2021.
- Lewkowicz, Ignacio, "Una mirada sin embargo sombría", en Roy Hora y Javier Trímboli (comps.), **Discutir Halperin**, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1997.
- Mársico, Griselda, "Traductología e historia intelectual: una exploración de las posibilidades de diálogo interdisciplinario", en **Lenguas Vivas**, n° 13, 2017.
- Myers, Jorge, "Discurso por el contexto: hacia una arqueología de la historia intelectual en Argentina", en **Prismas**, n° 19, 2015, pp. 173-182.
- Pagano, Nora, "La producción historiográfica reciente: continuidades, innovaciones, diagnósticos", en Fernando Devoto (dir.), **Historiadores, ensayistas y gran público. La historiografía argentina en los últimos veinte años (1990-2010)**, Biblos, Buenos Aires, 2010, pp. 39-67.
- Palti, Elías, "**Giro lingüístico**" e historia intelectual, Bernal, UNQUI, 1998.
- , "La crítica de la razón militante. Una reflexión con motivo de **La fidelidad del olvido** de Blas de Santos y el 'affaire del Barco'", en **A Contracorriente**, Vol. 5, n° 2, 2008, pp. 99-114.
- , "La violencia revolucionaria como problema histórico-conceptual. Notas para una arqueología de la subjetividad militante", en Luis Ignacio García (ed.), **No matar II**, UNC, Córdoba, 2010.
- , "La historiografía militante 'ponderada' y su método", en **Prismas**, n° 16, 2012, pp. 221-230.
- Petrucelli, Ariel, "El marxismo después del marxismo", en **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, 2011, pp. 287-294.
- Polgovsky Ezcurra, Mara, "La historia intelectual latinoamericana en la era del 'giro lingüístico'", en **Nuevo Mundo Nuevos**, 2010. <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.60207>
- Rodríguez, Martha, "Una década de historiografía argentina (1990-2000). Orientaciones, temas y problemas", en **Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti"**, Vol. 2-3, n° 2-3, 2003.
- Sabato, Hilda, "La historia intelectual y sus límites", en **Punto de Vista**, n° 28, noviembre de 1986, pp. 27-31.
- Sotelo, Laura, "Sobre la actualidad del marxismo y de la teoría crítica: Una discusión con Elías Palti", en **Políticas de la Memoria**, n° 10/11/12, 2011, pp. 295-301.
- Tarcus, Horacio, "Notas para una crítica de la razón instrumental. A propósito del debate en torno a la carta de Oscar del Barco", en **Políticas de la Memoria**, n° 6/7, 2007, pp. 14-25.
- , "Elogio de la razón militante. Respuesta a Elías J. Palti", en **Políticas de la Memoria**, n° 8/9, 2009, pp. 19-37.
- , "La devaluación logicista de la historia. Última réplica a Elías Palti", en **Prismas**, n° 17, 2013, pp. 245-253.
- , "Una invitación a la historia intelectual. Palabras de apertura del II Congreso de Historia Intelectual de América Latina", en **Pléyade**, n° 15, 2015, pp. 9-25.
- , "José Aricó y la historia del marxismo en América Latina. La problemática de la recepción y la historia intelectual", Seminario Internacional **Diálogos entre la antropología y la historia intelectual**, México, septiembre 2019.
- , **Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles**, Buenos Aires, Tren en Movimiento, 2020.
- Terán, Oscar, "Apuntes sobre la historia de las ideas", en **Espacios de crítica y producción**, n° 8/9, diciembre 1990-enero 1991, pp. 1-2.
- Wasserman, Fabio, "Intelectuales, sociedad y política en los siglos XVIII y XIX: la historia intelectual en el espejo de Halperin Donghi", en **Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"**, Número Especial, 2018, pp. 59-74.



Resumen

Erigida sobre las críticas al programa clásico de la *History of Ideas*, la nueva historia intelectual es hoy un campo de estudios en el que convergen diversas aproximaciones. En Argentina tiene un recorrido con ritmos, estaciones y derivas propias. Pero, ¿qué diría una historia intelectual de la historia intelectual local? A modo de balance de las últimas décadas, en este artículo se recuperan los problemas vinculados a la definición del área, sus desarrollos, debates y perspectivas, sus objetos, espacios y mediaciones. Se explora, por otra parte, la hipótesis de que, desde los años noventa, el auge de la historia intelectual operó como un contrapunto del declive de la función intelectual. ¿La historia intelectual surge como síntoma de una ausencia (la práctica intelectual como actividad urgente que convoca a la acción) y vuelve como nostalgia en el retorno del objeto?

Palabras clave: Historia Intelectual; Historiografía; Argentina.

Abstract

Built on the criticisms of the classic program of the *History of Ideas*, the new intellectual history became a field of studies in which different approaches converge. In Argentina it has its own paths and rhythms. However, what would an intellectual history say of local intellectual history? As a balance of the last decades, this article recovers the problems related to the definition of the area, the developments, debates and perspectives, the objects, spaces and mediations. Additionally, it explores the hypothesis that, since the 1990s, the rise of the intellectual history operated as a counterpoint to the decline of intellectual function. Does intellectual history arise as a symptom of an absence (the intellectual practice as an urgent activity that summons to action) and returns as nostalgia in the return of the object?

Keywords: Intellectual History; Historiography; Argentina.

Recibido: 17/04/2021
Aceptado: 01/08/2021



Février 1848 : le rôle des ouvriers est décisif comme le souligne Tocqueville dans ses Souvenirs. Dessin.
Collection Musée de l' Histoire vivante. Photo R. Noury/MHV. [Obtenida del libro: Maurice Moissonier y Claude Willard, **Barricades: révoltes et révolutions au 19e siècle, Paris, MEssidor, 1991**].